

# CRISTIANDAD

Año XXXII - NUMERO 535

BARCELONA

SEPTIEMBRE 1975

AL REINO DE CRISTO POR LOS CORAZONES DE JESÚS Y MARÍA



## SUMARIO

EDUARDO CONDE GARRIGA

LA CRUZADA DE OCCIDENTE:  
«ESCUCHAD LA VOZ»

LA TRAICION DEL OPTIMISMO  
ASIA

MEDIOCRIDAD

de Eduardo Conde Garriga

EL CORAZON DE CRISTO EN EL  
MUNDO DE HOY

José Julio Martínez, S.I.

MAS SOBRE EL SENTIR DE LA  
IGLESIA

Roberto Cayuela, S.I.

GARCIA MORENO

Teógenes Bertrán, Pbro.

«...TE MUESTRAS OBISPO, TAL  
COMO LO DESCRIBE EL APOSTOL...»

L. C. V.

AL MEDIO SIGLO: 1917, EN LA TEO-  
LOGIA DE LA HISTORIA. — 1922 Y  
SIGUIENTES: QUEDA PLANTEADO  
EL MUNDO ESENCIALMENTE ANTI-  
TEOCRATICO MODERNO

Luis Creus Vidal

LA PERENNE ACTUALIDAD DEL SA-  
CRAMENTO DE LA PENITENCIA

Fr. Antonio de Lugo, O.S.H.

CARTA ABIERTA AL DIRECTOR

Carlos Callejo Serrano

ADMINISTRACION: Lauria, 15, 3.º - (10)  
Teléfono 317 47 33

Director: Fernando Serrano Misas

## EDUARDO CONDE GARRIGA

El día de la Asunción de Nuestra Señora Dios llamó a su seno a nuestro D. Eduardo Conde. El cristiano fervoroso que desde hacía muchos años rezaba diariamente las tres partes del Rosario y el Oficio parvo de la Santísima Virgen fue enterrado al día siguiente, el sábado 16 de agosto de 1975.

No tendría sentido que intentásemos presentar en su vertiente social y ciudadana al ilustre y prestigioso patricio. Pero debemos decir algo de su presencia y entrega a las tareas de SCHOLA CORDIS IESU y de CRISTIANDAD, y para ello, y en homenaje a su memoria, reproducir también en nuestras páginas algunas de sus palabras, ya publicadas en nuestra revista o en LA CRUZADA DE OCCIDENTE. El P. Ramón Orlandis, al prologar este libro, decía dirigiéndose a D. Eduardo: «Usted viene a decir lo que digo yo, pero con una notable diferencia: que mi voz es débil, la de usted robusta, y a veces parece emitir estampidos de cañón. Parece un eco de la del profeta Isaías, cuando el Señor le decía: *clama, ne cesses*. Por eso ha sido para mí sumo gusto al prologar con estas mis débiles voces la rotunda palabra de usted, a la que deseo buenos éxitos en el difícil campo de apostolado a que va dirigida.»

«Quiera Dios que la semilla de este su opúsculo, que ha de ir a parar a campo tan mal abonado como el mundo actual, dé, a pesar de todo y con la ayuda divina, los más óptimos frutos.»

Así lo esperamos y para ello rogamos a Dios, ahora que el grano de trigo ha muerto en el surco en el que la Providencia le colocó. Y que D. Eduardo interceda ante el Corazón de Jesús y el Corazón Inmaculado de María por la fecundidad de la obra a que se entregó total e incondicionalmente desde el momento mismo en que entró en contacto con ella.

D. Eduardo fue quien oyó del P. Orlandis, pocos días antes de la muerte de éste, aquella misteriosa respuesta: «¿Quiere algo, Padre?», le preguntó D. Eduardo, y el Padre respondió, como discípulo e hijo espiritual de Santa Teresita del Niño Jesús: «Sí, TODO».

# “ ESCUCHAD LA VOZ ”

Escrito en 26 de mayo de 1949

Desde cualquier lugar del Mundo. O desde todos a la vez puede en cualquier momento resonar la Voz. En vuestros oídos, a través de vuestros ojos o en el fondo de vuestros corazones.

Pensad con nosotros y como nosotros, que el momento se acerca, dramático e inexorable, en el que las gentes alocadas y desbordando el cauce materialista de la comodidad, pedirán a Dios un distinto argumento.

Pensad, gentes de todos los pueblos, que cada día que pasa disminuyen las torpes e improvisadas defensas morales y materiales, en las que el materialismo pretende escudarse y defenderos.

El abismo se abre cada vez más hondo a vuestros pies. Dejad de bailar alocados la ronda frenética de la inconsciencia. Dejad de pensar en vuestro «cada día» para ocuparos de vuestro «siempre». Este «siempre» que es vuestra razón de ser, en contra de ese «cada día» que es vuestra razón de «estar».

Pensad que los del otro lado, los que manejando la mentira van en contra de Dios, no tienen nada que perder y por esto pretenden perderos. Gentes sin bagaje moral, ni impedimenta espiritual, viajan de prisa. Ellos no arrastran, como vosotros, el lastre de vuestros principios morales, ni se ajustan a las normas cristianas que frenan y contienen. La ley del mal es ley de libertad que no admite cauce, que lo desborda todo. Ellos saben a dónde van y lo que quieren; tienen una norma. Nosotros no.

¡Escuchad la voz! No os dejéis aturdir por los cantos de sirena del materialismo. Frente a la contundencia del argumento negativo del Mal los materialistas sólo pueden ofrecernos las tibias concepciones de su indecisión, que nace de la transigencia e inhibición del miedo. Ellos tienen argumento, nosotros no. ¡Escuchad la Voz! No hagáis caso a los que os ofrecen fórmulas democráticas, como panacea universal de todos los males y fuente u origen de todos los beneficios. La democracia puede constituir una razón de estar, pero no será nunca una razón de ser.

La concepción democrática del «Mundo desde abajo» es, en definitiva, una concepción pagana, que atribuye al hombre condición original. El hombre no puede ser nunca origen de Dios como pretenden quienes, despreciando la ley, quieren ajustar a Dios a su

comodidad. La voz de Dios es clara. Nos la trae su Evangelio y este Evangelio dice: «No me elegisteis vosotros a Mí, sino que soy Yo el que os he elegido a vosotros.»

El materialismo produce democracia y la democracia produce materialismo. En este círculo vicioso nos movemos todos, y el Mundo vive de la falsa doctrina materialista de los que pretenden que la democracia es la doctrina fundamental del Mundo. De esta confusión, y del equívoco que nace de esta falsa ley, se sirven los dirigentes de las fuerzas del mal, para desintegrar la resistencia de nuestros organismos sociales. Ellos saben bien que la demarcación democrática cubre una extensa área en la que pueden caber todos los distintos matices políticos, con los que pretenden definir sus ideas dispares, gentes de todas las ideologías. De esta elástica condición de la idea democrática, nace el equívoco con el que al fundirnos nos confunden. Son demócratas los comunistas, y son demócratas también los católicos. Al amparo del techo democrático se cobija muy bien lo indefinido, lo transigente, lo adaptable, lo indiferente. Por esto los dirigentes del mal tienen buen cuidado en mantener este confusionismo que les permite deslizarse entre nosotros, y usar de su mentira para desintegrarnos.

Ellos tienen su argumento de mentira. Nosotros, no. Nosotros pretendemos servirnos de la verdad de un argumento, que también es mentira. Ellos lo saben y nosotros no.

Nuestro materialismo es un materialismo transigente y amable, y nos ofrece un espejismo atractivo de comodidad y bien vivir. El progreso material es parte también de este espejismo de que nos valemos, para engañar nuestra sed de verdad. Nuestro materialismo occidental es como nuestra democracia, un engaño que llena de brillantes objetos, y de ostentosas mecánicas, nuestra ansiedad de vida cómoda, sin atender al fondo real de felicidad a que aspiramos. Esta comodidad que disminuye nuestras defensas orgánicas, sirve también a los fines de los dirigentes del mal, que saben que de esta comodidad nace la ligereza de estas gentes indiferentes, que viven sin argumento y casi sin Dios. Estos indiferentes, estos apáticos, estos contemporizadores y sonrientes inme-

diatistas, son los más adecuados instrumentos de una política que se apoya precisamente en la anulación del individuo, y de su definida personalidad. Por esto atacan despiadadamente la idea cristiana, y a la Iglesia católica, que opone la Verdad que nace en el individuo como valla a la Mentira, que se ampara en la colectividad.

Ellos tienen su argumento y un plan de campaña perfectamente instrumentado. Nosotros no tenemos ni argumento ni plan. En teoría somos cristianos y pretendemos conocer e interpretar la Ley. En realidad somos transigentes y nos dejamos llevar del arrullo democrático, que nos adormece y nos anula. En cualquier caso coincidimos, unos y otros, en que es más conveniente «estar» que «ser».

¡Escuchad la Voz! El argumento de Dios se abre paso, cuando se agota el argumento del hombre, y este argumento sofisticado se va agotando rapidísimamente. Por esto insistimos ahora en decir, a cada uno, que escuche la voz de Dios. Sabemos que el momento que viene es trascendental en la vida de los pueblos, y sabemos también que ninguno de los argumentos, de que se sirve el materialismo democrático-moderado, sirve para contener la riada inmensa de estos pueblos desbocados. «Las fuerzas esenciales que rigen a los pueblos se han puesto en movimiento y por primera vez en la historia todas a la vez.» Oímos de labios autoradísimos una definición de este caos que vivimos, que comprime aún mejor el accidente: «*La humanidad ha vivido tres momentos cruciales: el Diluvio, el Gólgota y éste.*»

Para comprender, definir y luchar con lo que viene se necesita un argumento mucho más importante que el que puede proporcionar el hombre partiendo de sí mismo y de su comodidad. Para situarse en un plano auténtico de realidad, hay que aceptar la idea de apoyarse en Dios, ofreciendo el sacrificio y el renunciamiento del hombre en superación ideal hacia un destino infinito.

Los del otro lado han comprendido esto desde hace también mucho tiempo, y ofrecen a la causa del mal el sacrificio de millones de seres que, alucinados o simplemente fustigados por el terror, marchan encuadrados por el desprecio que sienten sus dirigentes por este mismo individuo que pretenden defender.

Ellos exigen el abandono ciego de la voluntad y el sacrificio total del individuo. Nosotros hablamos de beneficio y ofrecemos el trámite interminable de la concepción democrática, en sucesivas y cada vez más inverosímiles conferencias y votaciones. Ellos siguen avanzando y nosotros discutiendo. Ellos saben lo que quieren y a dónde van. Nosotros sabemos lo que queremos de comodidad y bien vivir, pero no sabemos a dónde vamos.

La democracia reconoce derechos al hombre. Dios, por contra, exige deberes, y en esto sí coinciden las trayectorias auténticas del Bien y del Mal, que sitúan al hombre en un mismo plano ineludible de sacrificio. En esto radica el fracaso de esta democracia que quiere situarse, equidistante y cómodamente, entre el Bien y el Mal, entre Dios y el odio.

Escuchad la Voz... El momento se acerca en que vais a ser llamados a decidir entre el argumento de Dios o la esclavitud del hombre por el hombre y para el hombre. Los pueblos desbordan tumultuosamente los lindes formados por el concepto nacionalista, para disgregarse en el impulso de fuerzas elementales. La Humanidad desciende vertiginosamente la escalera de la civilización, para situarse en planos inferiores, en los que la trampa sustituye a la ley y el instinto al pensamiento. La velocidad priva sobre la moral que retiene o canaliza. El momento es atropellado, y esto es síntoma seguro de que los acontecimientos se precipitan. La velocidad provoca el vértigo y lo que hoy día vive el mundo tiene carácter vertiginoso. En un momento así, cuando la masa alocada, perdido el freno de la razón, se lanza al disparate, no puede ser contenida más que por un grito potente y sereno que destaque y se imponga.

Y ésta será la Voz. Una voz católica y potente que hable al mundo desde lo alto de un concepto elemental que se ha perdido. El concepto de Dios, principio y fin de todo, y origen natural e ineludible del argumento que el Mundo necesita para oponerse al argumento del Mal, este argumento que se opone a Dios y le ataca violentamente en todos los terrenos. Ellos atacan a Dios para aniquilarnos y nosotros seguimos ignorando a Dios para defendernos. Nosotros seguimos en la paganía de confiar que el hombre encontrará en sí mismo su propio origen, y en la tontería de instrumentar organismos capaces de decantar una Verdad que ni siquiera somos capaces de definir.

Nuestro argumento nace de Dios y opone a Dios a las fuerzas del Mal, o de no ser así no es argumento. El materialismo transigente y los inmediatistas de este materialismo pretenderán, una vez más, refugiarse en los argumentos de fuerza de que se han dotado para combatirnos, pensando que la realidad de estos ingenios de guerra es mejor razón que nuestra síntesis. Otros hombres han pensado lo mismo y han visto desvanecerse sus ilusiones y sus ejércitos, a beneficio de la causa del Mal, que provoca los malentendidos y se lucra de estas desintegraciones.

Sólo de Dios puede partir el argumento espiritual del Mundo en estos momentos vertiginosos. Nosotros lo entendimos así desde un principio y en prueba de ello y de la verdad de lo que entonces y ahora defendemos nos atrevemos a lanzar una primera y decisiva consigna: ¡Reza!

## LA TRAICION DEL OPTIMISMO

Escrito en 14 de agosto de 1950

Con toda solemnidad encabezamos estas líneas con este tremendo calificativo de traición, ya que al punto a que hemos llegado, queda ampliamente justificado el que se prescindiera ya de fórmulas convencionales o de términos imprecisos.

Si lo que se enjuicia, o el valor de lo que está en juego es condición o cantidad de menor trascendencia, es, hasta cierto punto, justificado el que se ponga menos fuerza en la expresión que define el concepto. Cuando el asunto a que se contrae nuestra expresión no sólo es importante, sino que abarca en su más amplia extensión a todo cuanto somos y tenemos, no sólo es justo el empleo del más adecuado calificativo, sino que, además, debe de ser imperioso mandato que se exige a todo ser consciente.

Todo cuanto somos y tenemos está en juego en estos momentos dramáticos de la historia del mundo, y, desde hace ya muchos años, esta ineludible coyuntura persiste. Durante el curso de estos años pasados hemos soportado pacientemente una clasificación de pesimismo que nos otorgaban quienes, atribuyéndose una postura optimista, «sabían positivamente» que en el mundo no pasaba nada.

No nos interesa denunciar o simplemente referirnos a la gran masa de ligeros optimistas incóscientes, por cuanto consideramos comprensible el que la gran masa de gentes cuyo pensamiento se detiene apenas a considerar ningún problema, venga alegremente desviada de un camino de razón por este su mismo natural alegre impulso. Lo que opinan estos transeúntes anónimos no tiene peso específico, por cuanto no es consecuencia de ninguna idea generada en un crisol propio. En cambio, puede considerarse importante por cuanto ésta, que viene en llamarse opinión general, es siempre reflejo de ideas o consignas transmitidas por otros. A estos otros es a quien vamos a enjuiciar implacablemente.

Llamamos traición al «optimismo» consciente y, por ende, llamamos traidores a los que *conscientemente* se dedican a difundir *este optimismo*. Nos anticipamos aquí a salir al paso de un argumento al parecer «inofensivo» que se esgrimirá seguramente en contra de nuestro pesimismo. Pueden pensarse, y así se nos ha manifestado en múltiples ocasiones, que es mejor llevar engañada a la masa por vías optimistas que hacerla vivir desatentada por la visión

de una negra perspectiva. Este punto de vista es fundamentalmente falso. El materialismo ha creado el sofisma del «bien vivir», y dentro de este sofisma cabe, naturalmente, esta abúlica condición gregaria que asimila la masa de seres conscientes al medio irracional de estos rebaños que viven y mueren en serie sin saber nada de lo que son o por qué están. Refutamos esta tesis y, por contra, afirmamos que es necesidad ineludible de todo ser consciente venir a discurrir por sí mismo y en cada momento la distinta proyección de su destino. Ésta es, naturalmente, ley cristiana del individuo. La otra es ley pagana atribuible a la comunidad.

El individuo debe saber cómo vive y debe, en su momento, comprender por quién muere. La conciencia de la vida entraña la obligación de llegar dignamente a entender el sentido inevitable de la muerte, y es, por tanto, razón que estas masas optimistas a las que nos referimos conozcan tanta verdad como sea precisa, para que, al llegar al momento del tránsito, comprendan algo de lo que son y a donde van. A mayor abundamiento, esta obligada conciencia es más necesaria en momentos en los que el destino de gentes y pueblos viene hipotecado por una tan clara y dramática condicional.

Esto sentado, y volviendo al tema fundamental de este escrito, repetimos que consideramos traidores a la causa cristiana de Occidente a cuantos seres conscientes y responsables predicán optimismo y difunden entre sus semejantes la idea amable de que nada trascendental se ventila en estos momentos en el mundo y, por ende, no hay nada que temer.

La táctica que emplean estos «intelectuales» del apaciguamiento consiste, primeramente, en augurar que no existe inminencia de peligro. No pueden negar «ciertos» inconfundibles síntomas de que algo grave se deriva de la tensión entre Oriente y Occidente, pero, a su entender, no es inminente el peligro. Esto trae consigo el que las gentes que beben en estas fuentes de error reciban complacidas esta primera inyección de optimismo, que tan bien coincide con su peculiar disposición. Creado así el clima adecuado, estos inventores de optimismo siguen tratando a su auditorio mediante fórmulas bien dosificadas de argumentos sofisticados, haciendo ver o entender que la historia está llena de antecedentes demostrativos

de que, en definitiva, nunca pasa nada. Por último, y para rematar la suerte, se lanzan por vías de ironía a ridiculizar por timoratos recalcitrantes a cuantos seres conscientes especulan sobre una distinta perspectiva.

Es ésta una breve síntesis del procedimiento que siguen estos agentes del materialismo en su misión de «preparar» la opinión de la masa, a fin de conducirla, por vías de inconsciencia, a la postura adecuada al fin que se persigue. El fin es el siguiente: *entregar al mundo indefenso e inerme en manos materialistas del comunismo internacional.*

Esto es una denuncia clara y concisa y justifica plenamente el que, al concretar en «alguien» esta misión preparadora de desintegración y abulia social, llamemos a este alguien «traidor».

El optimismo es la parte más importante de la enfermedad que padecemos. El optimismo es resultante, o determinante, del «bien vivir» y, como consecuencia de esto, es la más importante virtud materialista. Además, actúa como impulsor o de excitante de una acción inconsciente, y, desgraciadamente, hoy día ya podemos afirmar que la inconsciencia ha sido la característica fundamental de la política de estos últimos tiempos.

Inconsciencia optimista u optimismo consciente, éste es el grave dilema que el error plantea a la humanidad en estos días cruciales. Nosotros opinamos por lo segundo. Nosotros entendemos que lo que hoy día sucede en el mundo no puede atribuirse ni siquiera a un optimismo inconsciente; nosotros opinamos que la trayectoria que siguen los pueblos en este desbocado momento del mundo *es consecuencia de algo consciente y responsable, de un plan trazado, desde hace tiempo, por quienes mueven los hilos secretos de esta política tortuosa de desinte-*

*gración, y parte de esta política es este optimismo que sirve de medio amable entre lo que se va y lo que viene, entre Roosevelt y Stalin. A no ser que estos dos personajes sean dos versiones distintas de una misma definición.*

Nosotros entendemos que el optimismo no es causa, sino efecto, conscientemente provocado por quienes entienden conveniente llevar adormecida la conciencia de las gentes, como anestesia necesaria a la operación que se va a realizar.

A éstos denunciamos hoy aquí por inconscientes, o por malos. En cualquier caso, la gente debe saber que, gran parte de la responsabilidad atribuible a quienes han logrado el triste espectáculo de la indefensión del mundo, les corresponde a ellos. En estos días asistimos al triste espectáculo de las cabriolas que, en sus distintas plataformas de prensa y radio, hacen algunos de estos «optimistas», a los que calificamos de traidores, buscando «todavía» un último sofisma en el que seguir apoyando su dramática mentira. Oficiantes del mal, siguen desatentados esta inconcebible política que lleva a las sociedades cristianas al engaño de una falsa esperanza.

En un principio pensamos que gran parte de estos optimistas obraban por ineptitud. Hoy ya hemos cambiado de opinión en la mayoría de los casos. Hemos comprobado, durante el curso de una paciente observación en estos últimos veinte años, que las mismas personas que predicaban optimismo en todas las ocasiones precursoras de grave trastorno, siguen sin enmendarse predicando optimismo ahora. Meses antes de nuestra guerra civil española tuvimos ocasión de hablar con muchos de estos destacados y «liberales» positivistas. Cuando ya los síntomas gravísimos de la guerra se hacían palpables, «ellos» seguían aferrados a su sonrisa suficiente, y esgrimiendo el tranquilizador argumento de que «jamás pasa nada».

**«España tiene una misión altísima que cumplir, pero solamente será digna de ella si logra totalmente, de nuevo, encontrarse a sí misma en su espíritu tradicional y en aquella unidad que sólo sobre tal espíritu puede fundarse. Nos alimentamos por lo que se refiere a España, de un sólo deseo: verla una y gloriosa, alzando en sus manos poderosas una Cruz rodeada por todo esta mundo que, gracias principalmente a ella, piensa y reza en castellano, y proponerla después como ejemplo del poder restaurador, vivificador y educador de una fe, en la que, después de todo, hemos de venir siempre a encontrar la solución de todos los problemas.»**

**Pío XII. Alocución a España de 17 de diciembre de 1942.**

# ASIA

Escrito en 19 de febrero de 1945

Contrariamente a lo que ha sido el tema de todo comentario, en el que las gentes dominadas por la inquietud del futuro han tratado de bucear como nosotros en la trágica dimensión de esta incógnita, hemos desde un principio partido de la afirmación rotunda y categórica de que estas gentes, en la mayoría de los casos, cometían la equivocación de pretender abarcar el problema en el sentido de su longitud. «La guerra será larga», o más o menos larga, decían unos y otros, optimistas o pesimistas, y entendían con esto enjuiciar la trascendencia del accidente, o el grado de quebranto que se experimentarían como consecuencia del mismo. El fijar la fecha del término de la guerra era la meta que aspiraban conseguir estos ingenuos especuladores del futuro razonable, en su amable aspiración de reintegrarse a una normalidad productiva y remuneradora.

Desgraciadamente para ellos y para nosotros, el problema del mundo no es en esta ocasión para enjuiciarlo en el sentido de esta sola dimensión. Ésta no es una guerra larga. *Esta es una guerra ancha.*

Desde un principio venimos tratando de definir y demostrar este trágico y definitivo aspecto de la cuestión, en nuestro afán de encontrar y dar forma y sentido a la reacción que puede y debe salvar al mundo del caos material a donde le llevan las trayectorias paganas de los grandes oficiantes del materialismo. Tal y como hemos demostrado en anteriores envíos, de ellos nace el error original que lleva al mundo a concebir insensatas ilusiones, hijas de las falsas premisas de que parten estos dirigentes nacidos en el error, o engendrados simplemente por el genio del mal. De ellos parte también el argumento materialista de pretender que el accidente puede localizarse y comprimirse en forma espectacular y de

finitiva, dando como meta *la fecha del derrumbamiento alemán.*

No es de extrañar, pues, que las gentes sencillas, haciéndose eco de las ampulosas palabras hinchadas de suficiencia que propagan las propagandas anglosajonas, conciban y sustenten la teoría de la longitud de la guerra como capaz de contener y limitar la tragedia del mundo.

Esto, desgraciadamente, no es así, como ya hemos demostrado en anteriores envíos. La longitud de la guerra es ya algo intrascendente para quienes hayan logrado desvincularse de las inmediateces oportunistas del materialismo. Son muchos los que ya piensan hoy que esta guerra no es más que la consecuencia y prolongación de la anterior; y también son muchos los que ya comprenden que esta guerra no es más que un capítulo de la convulsión de la humanidad, en trances de evolución hacia un distinto destino. Los unos y los otros ya comprenden que la teoría de los anglosajones, al dar como total solución a los problemas del mundo el derrumbamiento del poderío germano, es una teoría necesariamente falsa, y además muchos se preguntan *ahora* si, además de falsa, esta teoría puede llevar a Europa al caos. Unos y otros empiezan a ver *ahora* que ésta no es una guerra larga, y por contra comprenden *ahora* que ésta es, por desgracia, una guerra *ancha.*

Nosotros decíamos entonces: «Las fuerzas esenciales que mueven a los pueblos se han puesto en movimiento, y, por primera vez en la historia, todas a la vez.» Posteriormente dijimos: «Desgraciadamente el accidente no puede localizarse ni comprimirse, en términos "cedistas" *de mal menor.* Rusia corta la retirada a Europa, y Asia corta la retirada a Rusia.»

# MEDIOCRIDAD

Escrito en 10 de enero de 1950

Sabemos, con la certeza invariable que nos da nuestra fe en los destinos del mundo, que se aproxima el momento en que, como consecuencia del final contraste de los materialismos en pugna, estallará la guerra. Pueden frenarla mediante adaptaciones, transigencias, mediocridades, durante algún tiempo. Este tiempo perdido servirá para dar más virulencia y encono a la lucha inevitable. Para este momento no habrá ya posibilidad de encuadrar en bandos definidos a las dos fuerzas en pugna que, partiendo de un mismo error, lucharán entre sí. Aparentemente se refugiarán en los conceptos transitorios de «democracia» o «comunismo», para justificar su contraste. La realidad resultante será desgraciadamente muy otra que la que podría derivarse del triunfo de cualquier bando. La realidad que viene ya es necesario que se apresure a esbozar algo de la razón de fondo que mueve a los hombres a luchar entre sí, y esta realidad dividirá en dos sectores a los hombres que sobrevivían. El sector materialista, que seguirá, bajo el signo del Mal, acumulando errores, y el sector auténticamente cristiano, que, bajo el signo del Bien, irá *aportando sacrificios*.

La lucha definirá claramente estos dos bandos. El materialismo seguirá ofreciendo espejismos de comodidad y bienestar, para atraer a las masas inconscientes. El Cristianismo irá exigiendo sacrificios para sobrellevar la dura carga de estos años crueles.

El beneficio o el sacrificio. Ésta es la cuestión. El beneficio engendra mediocridad. El sacrificio determina selección.

¡Con qué claridad vemos ahora la trayectoria a seguir! ¡Cuán distinto se nos antoja el haber llegado a poder decir esto, de lo que decíamos, hace todavía bien poco, cuando, siguiendo esta misma trayectoria, todavía no habíamos llegado a esta inapelable definición!

Huyendo de la mediocridad inconsciente de estos seres standarizados que produce el materialismo democrático, hemos llegado a la conclusión de poder enunciar esta teoría política de selección por el sacrificio, que nos lleva a la verdad de una auténtica reacción del Occidente cristiano.

Con este grito de «selección por el sacrificio» nos

vamos a oponer a la consigna de «común beneficio» que ofrecen las democracias. Al grito aglutinante del comunismo de *¡uníos!* y a la teoría aglutinante de la «necesaria mayoría», vamos a ofrecer el grito de *¡aislaros!* y la teoría disgregante de nuestra selección. Vamos a oponer el partido de los menos al partido de los más. La selección a la elección.

Éste va a ser nuestro punto de partida. Vamos a manejar el absurdo de esta exigencia de dolor y sufrimiento, para definir y agrupar a los elegidos que el mundo necesita para su recuperación.

La mediocridad de tantos seres que, por decantación y democracia, han venido a formar el triste cuadro de los dirigentes del mundo, debe ser contrastada con el verdadero valor de otros que vengan, con un auténtico sentido de sacrificio, a destacarse y gobernar.

El momento que viene será, como el que ha determinado esta segunda guerra, un momento inconcebible de dolor. Para esta circunstancia nueva, como para la anterior, se planteará un dilema a los seres conscientes. El encuadramiento voluntario en las filas sacrificadas de una selección cristiana, o la desesperanza.

Decimos desesperanza entendiendo bien todo el alcance de este término infinito. Hemos asistido, durante el decurso de estos años de postguerra, al espectáculo desconsolador de ver sumidos en la desesperanza a miles de seres que, con sus vidas rotas y sus economías deshechas, han desfilado ante nuestros ojos como una interminable teoría de seres desorientados. Hemos visto a alemanes, franceses, ingleses e italianos, y griegos, a beligerantes y a neutrales, a vencedores y a vencidos, desfilan ante nosotros con una misma mueca de terror y desengaño. Han vivido el sacrificio *sin saber que lo vivían* y sin altar en que sustantivarlo. El beneficio que se les ofrecía no obligaba a la aceptación de estas situaciones inconcebibles de dispersión o de ruina. No fueron *sabiendo* por qué y para qué luchaban, y siguen sin entender la bárbara condición a que han llegado. A estas gentes se les dijo que, como otras veces, las naciones iban a luchar entre sí, y esto no era verdad. El hecho internacional, y su definición por el derecho interna-

cional, se derrumbó estrepitosamente en el momento en que democracias y dictaduras se mintieron mutuamente, evitando definir la verdadera causa de la lucha. No hubo entonces verdad, y sigue ahora imperando la misma mentira. Nadie se atreve aún a llamar por su nombre la circunstancia que vivimos. Siguen en su mediocridad, los hombres y los gobiernos, buscando fórmulas mediocres de aplazamiento y desfiguro de una verdad inevitable.

No es de extrañar que, hasta en las más altas esferas del pensamiento cristiano, se haya llegado a enjuiciar este momento como de «humanamente irremediable». En efecto, mientras persista la mediocridad como ley selectiva de hombres e ideas, la resultante no puede ser otra que esta desilusionada conclusión. Mientras las democracias sigan ondeando sus banderas económicas de oficio y beneficio, el mundo no tiene remedio.

Hay que hablar a las gentes un distinto lenguaje. Es preciso predicar sacrificio, para que *empiecen a hacerse la idea de venir voluntariamente a entender la verdad que van a vivir*. Quieran o no, el sacrificio va a serles exigido a los unos y a los otros. Los que lo sepan formarán la selección, los que quieran se-

guir ignorándolo seguirán amasados en la mediocridad.

Levantamos con esto una bandera. Vamos a continuar hablando así y presentándonos internacionalmente como representantes de una selección que se ofrece, voluntaria y conscientemente, al sacrificio. Vamos a decir: no pertenecemos a nadie y somos consecuencia de algo más importante que una nacionalidad o una conveniencia económica. Queremos vivir una internacionalidad mejor que la que puede darnos el comunismo. Queremos vivir en la austeridad, para no engañarnos, y morir por la mentira de la abundancia. Queremos destacarnos por nuestras virtudes en lugar de confundirnos en y por nuestras apetencias.

Frente a la teoría del beneficio oponemos la teoría del sacrificio. En lugar de «derechos» hablaremos de *deberes*. En lugar de apoyarnos en el «hombre» nos apoyaremos en Dios nuestro Señor.

Nuestro programa debe ser irreal y magnífico, en contrapartida al positivismo de quienes venden lo que no son y lo que no tienen. Predicaremos dificultad y pesimismo, para recoger una mies seleccionada de abnegación y conformidad.

---

## BEATIFICACION DE MARIA DROSTE ZU VISCHERING

Coincidiendo con la Fiesta de Todos los Santos, D. m., S. S. el Papa Paulo VI procederá a diversas beatificaciones, entre las que figura el Obispo español Ezequiel Moreno.

Pero la beatificación que más nos llega a lo hondo de CRISTIANIDAD y justamente nos conmueve, es la de Sor María Droste zu Vischering, de la Congregación del Buen Pastor.

Nuestro Fundador, el Padre Orlandis, de santa memoria, gran precursor en esto como en tantas otras cosas, nos inspiró gran veneración a esta nueva Beata —cuando, por lo menos aquí, era poco menos que desconocida—, como la mensajera del Sagrado Corazón de Jesús cerca del Papa León XIII, promoviendo la Consagración que éste efectuó —junio de 1899— del Universo entero.

La figura de Sor María Droste inspiró asimismo a nuestro Padre, e impulsó a nuestra Revista, a la publicación de un importante folleto, «Hacia el Cuarto Año Jubilar», que promovía la Renovación —en ocasión de su cincuentenario— de aquella Consagración del Orbe, folleto que fue repartido por todo el mundo. En esto, como en otras cosas, nuestro Fundador y Padre no halló la acogida y la comprensión que su santo celo merecía.



# El corazón de Cristo en el mundo de hoy

*Semana de Teología y Pastoral, en el III Centenario de las Apariciones de Jesús a Santa Margarita María, Valladolid, días 30 de septiembre; 1, 2 y 3 de octubre de 1975.*

## LA ALEGRÍA DEL ENCUENTRO

Un Santuario del Corazón de Jesucristo y una gran estatua del mismo Señor que parece mantener a la torre catedralicia en tensión hacia lo alto —blancura de piedra en contraste bellísimo con el intenso azul del cielo castellano— guardan perpetua memoria de la promesa divina que vibró en Valladolid: REINARÉ EN ESPAÑA.

Por eso llegamos a esta ciudad como al centro de una gran cruz espiritual, que sube hasta el Cantábrico para descender hasta Andalucía y extiende los brazos desde Galicia hasta Cataluña.

En todos nosotros bulle la alegría del encuentro, pues nos sabemos atraídos por el mismo ideal y en años pasados hemos coincidido reuniones como la presente:

—¿Qué tal desde nuestra última Asamblea en Madrid... desde la Semana en Barcelona... desde la peregrinación a Santiago...?

Mas no quedan minutos para saborear la alegría del encuentro, que es muy denso el programa, y pronto lo abren el señor Arzobispo de Valladolid, con la invocación al Espíritu Santo, y el P. Luis M.<sup>a</sup> Mendiábal, Director Nacional del Apostolado de la Oración, que ha organizado esta Semana y nos compendia así lo que en ella recibiremos:

- *Una conferencia preliminar.*
- *Siete lecciones de Teología y Pastoral.*
- *Cuatro conferencias públicas.*
- *Actos piadosos y celebraciones litúrgicas.*
- *Asamblea del Apostolado de la Oración.*
- *Ostensión de diapositivas y audición de grabaciones.*

¡Cuatro días bien empleados en conocer y vivir mejor la devoción al Corazón de Jesús, llamada por Pío XI «compendio de toda la religión y norma de vida más perfecta»! Así nos acomodamos también al deseo expresado por Pablo VI en el pasado mes de junio: «Que los cristianos aprendan de este Corazón cómo deben vivir para responder a las exigencias de nuestro tiempo».

## LA CONFERENCIA PRELIMINAR

A todos nos interesan datos concretos acerca del culto al Corazón de Jesucristo entre los hombres de hoy. Nos lo expuso el P. Jesús Solano, S.I., Vicepresidente ejecutivo (en Roma) del *Instituto Internacional del Corazón a Jesús*,

Fueron datos interesantes y alentadores, ceñidos al quinquenio 1970-1975, tomados de las fuentes que aquí os enumero:

Los vigentes libros litúrgicos; varios documentos del Magisterio eclesiástico; dos Congresos Internacionales (Paray-le-Monial, Roma); cursos sobre la devoción al Corazón de Jesús en la Universidad Gregoriana y en *Regina Mundi* (Roma); sesiones de estudio en Institutos religiosos dedicados al Corazón de Jesús; el mencionado *Instituto Internacional*, desde cuyas sedes en Norteamérica y en Roma salen para todo el mundo miles de estampas, cuadros, folletos y libros en varios idiomas, especialmente inglés, castellano, italiano y francés; encuestas sobre esta devoción realizadas en Estados Unidos y en Italia.

Estos datos —a los que ha de añadirse la respuesta cordial de muchedumbres fieles, cuando se las convoca acertadamente para celebrar la Fiesta litúrgica pedida por el Señor, y las comuniones de Primeros Viernes, Horas Santas, Procesiones, etc.— inspiraron al conferenciante una reflexión final que todos compartimos con fervoroso aplauso: «El culto al Corazón de Jesús no sólo sigue siendo actualísimo, sino que es decisivo para una piedad sinceramente cristiana».

## SIETE LECCIONES DOCTRINALES

Fueron escuchadas muy atentamente por los seminaristas, cuyo número superó al de doscientos calculado al principio, y cuyas provincias de origen indico aquí para recuerdo histórico: Alava, Avila, Badajoz, Barcelona, Burgos, Cádiz, Ciudad Real, Córdoba, Coruña, Cuenca, Gerona, Guipúzcoa, León, Lugo, Madrid, Orense, Toledo, Valen-

cia, Valladolid, Vizcaya y Zaragoza. A los inscritos solían añadirse numerosas personas de la ciudad, que llenaban el salón, amplio y de perfecta instalación acústica, cedido magnánimamente por las religiosas de María Inmaculada.

Las lecciones se mantuvieron en nivel de cultura religiosa algo elevado. Os lo probará el siguiente resumen, que será brevísimo, ya que los textos completos aparecerán impresos en libro aparte.

Si en algunos ambientes se tambalea la espiritualidad del Corazón de Jesucristo, es que primero han dejado esfumarse las verdades teológicas sobre las que se fundamenta aquella espiritualidad. He aquí algunas de estas verdades: la resurrección de Jesús en su realidad corpórea; la presencia del mismo Señor en la santa Eucaristía; la existencia del pecado como ofensa personal a Dios y nuestra capacidad de reparar por estar incorporados a Jesucristo, el supremo reparador del honor divino; la ciencia infusa de la que estuvo dotado durante su vida mortal para conocer el porvenir; y así *nosotros hoy* —con nuestra conducta mala o buena— podemos infligirle penas o proporcionarle consuelos, que Él *sintió entonces*: ¡podemos consolar a Jesucristo!

Relegadas estas verdades a la categoría de discutibles, se desmorona la devoción al Corazón de Jesús. Tal fue la lección magtsiral del P. Cándido Pozo, S.I., Profesor de la Gregoriana, en Roma.

Pero no basta reconocer crisis y descubrir causas de las crisis. Es preciso construir. Así lo intentaron con ardiente entusiasmo y atinadísimas precisiones don Juan Ordóñez, Canónigo de Sevilla, el P. Aparicio Pellín, Provincial de los Reparadores del Sagrado Corazón, y el Profesor de la Universidad de Barcelona, don José M.<sup>a</sup> Petit Sullá, miembro de *Schola Cordis Iesu*. Nos explanaron respectivamente *la acción pastoral fundamentada en las enseñanzas del Corazón de Jesús*; este Corazón como *luz y amor para la evangelización del mundo*; y nuestro clamor «¡Venga a nosotros tu Reino!», *lleno de fe y de esperanza, porque Jesucristo... ¡reinará!*

Los otros tres profesores destacaron *valores personales* en nuestra entrega (significado exacto de la palabra *devoción*) al Corazón de Jesucristo: *la oración* (P. Manuel Garrido, benedictino); *la consagración* (P. Carlos Lledó, dominico); *la alegría* (don Carlos Martín Manjarrés, Magistral de Valladolid).

El libro que nos conserve estos trabajos y los demás de la presente Semana, constituirá un estímulo muy selecto para la piedad y para el celo apostólico según la espiritualidad del Corazón de nuestro Redentor.

## LOS ACTOS PIADOSOS

Rezo y canto diarios de Laudes y de Vísperas; Misa concelebrada por 40 sacerdotes, presididos por un Prelado cuyas homilias nos transmitían claridad y gracia del Corazón Divino; Horas santas a media tarde, ante el Santísimo expuesto en el Real Seminario de Escoceses; y la última, a media noche, en el Santuario Nacional de la gran Promesa. De estos actos dimanaba el ambiente más propicio para una Semana que había de ser auténticamente piadosa por su contenido y su finalidad.

Al evocarlos, quiero citar el nombre de don Angel Rubio, Director de Catequética en la Catedral de Toledo, venido expresamente para dirigir la liturgia de nuestra asamblea, misión que desempeñó con gusto exquisito y unción sacerdotal. A todos nos infundió el júbilo de participar en la oración de la Iglesia, rezada o cantada.

También me siento obligado a recordar aquí con intensa gratitud al dignísimo Rector del Santuario Nacional, don Emilio Álvarez, con los brazos siempre abiertos para recibir y servir a los semanistas. Nos dirigió la homilía del día primero, que tuvo la delicadeza de imprimir y regalar a todos. En ella se recoge la historia del mismo Santuario; se describen sus esplendores para guía de peregrinos, así como su meritísima *Obra Social*, consecuencia lógica del amor a Jesús, ya que nosotros, al venerar este Corazón que tanto nos ama, «debemos amarnos también unos a otros».

## LAS CUATRO CONFERENCIAS PÚBLICAS

Categoría de autores y excelencia de doctrina en las cuatro, escuchadas por muchedumbre de fieles que desbordaban la capacidad del Santuario, y por miles de oyentes, gracias a *Radio Popular* de Valladolid.

El Prelado de esta ciudad, don José Delicado Baeza, y el de Osma-Soria, don Teodoro Cardenal Fernández, nos presentaron respectivamente al Corazón de Jesucristo como *centro de la reconciliación deseada por Pablo VI para este Año Santo*; y como *f fuente del amor que debemos a todos los hombres*.

El Catedrático de Barcelona, don Francisco Canals Vidal, miembro de *Schola Cordis Iesu*, nos invitó a considerar *aspectos pedagógicos en una renovada devoción al Corazón de Jesús*. Y en la última noche, como solemne clausura de las conferencias y de toda la Semana, el Cardenal Primado de España, don Marcelo González Martín, nos descubrió *la fuerza y el atractivo de este Corazón Sagrado para llevarnos a la santidad*.

## ASAMBLEA DEL APOSTOLADO DE LA ORACIÓN

Entre lecciones y conferencias aún sacamos varias horas para escuchar a don José Sotero Aguirre, Magistral de Bilbao; y a los PP. José Ramón Bidagor, José Luis Díez, Eusebio Rey, así como para conocer diapositivas y grabaciones preparadas por la Dirección Nacional, y luego reunirnos por grupos con el fin de comentar lo que aquellos nos dijeron y ofrecer conclusiones. Éstas fueron compendiadas así por el Director Nacional:

I.—Esta Semana ha renovado nuestra devoción al Corazón de Jesucristo y nuestra fidelidad al Apostolado de la Oración, ya que éste —según enseñó Pío XII— es *una manera perfecta* de vivir aquella devoción, puesto que *su esencia y su médula* estriban en consagrar cada día la oración y el trabajo, las alegrías, los sufrimientos de la jornada e incluso la propia persona al Corazón Divino, en unión con su sacrificio eucarístico y por mediación de María, para salvación del mundo.

II.—Reconocemos y agradecemos la elevada función que en nuestra obra desempeñan los Directores Diocesanos. Deseamos que sean eficientes; que vean si podrán organizar reuniones por comarcas españolas, para vitalizar Centros locales, y enviar a estos mismos alguna circular periódica.

III.—Los fieles necesitan ser formados en la oración como base insustituible para ser formados en el apostolado activo. Lo necesitan y lo desean. Establecer *casas de oración*. Ofrecer cursillos sobre este tema. Formar *responsables* (los antiguamente llamados *Celadores*) para que congreguen y mantengan *Grupos de oración*.

IV.—Hay movimientos juveniles grandemente interesados en la Persona y en el Mensaje de Jesús. Conectar con ellos. Que no se desvien de la sana

doctrina. Infundirles el espíritu del Apostolado de la Oración, que es espíritu de entrega generosa, plenamente católica, para hacer con todos los hombres la gran familia de los hijos de Dios. Y es espíritu coincidente en absoluto con las modernas enseñanzas de la Iglesia, la cual en el Concilio Vaticano (*Lumen Gentium*, n.º 34) lo describe como impulsando a los seglares para que realicen la *consagración del mundo*.

## LA DESPEDIDA ES INMEDIATA

Los reunidos para estas jornadas hemos de estar mañana en nuestros puestos de trabajo (parroquias, colegios, mesas de redacción, oficinas varias...). Y sabemos que el nuevo curso nos traerá nuevas preocupaciones ante un porvenir seriamente difícil para la patria y para la Iglesia.

Pero en Valladolid se nos ha renovado la esperanza basada en una promesa de revelación privada que queremos aceptar: «Reinaré en España»; y en una promesa de revelación oficial que estamos obligados a mantener: «Yo estoy con vosotros todos los días hasta el fin de los tiempos». ¿Quién mirará con miedo al porvenir, si recuerda que en nosotros está viviendo y amando un Corazón de Dios?

Nos desperdigamos hacia todas las puntas, mientras Valladolid queda en el centro de la cruz, con su devoto y rico relicario de la gran Promesa, con su inacabada catedral de imperio... Y nos desperdigamos portando alegría. Ya nos lo ha recordado Pablo VI, en mensaje reciente:

«La alegría cristiana es verdadera, porque procede de la alegría del Corazón de Jesús.»

JOSÉ JULIO MARTÍNEZ, S.I.



## INTENCIONES DEL APOSTOLADO DE LA ORACION

### OCTUBRE

GENERAL: «*Que el Año Santo logre renovar la visión de la fuerza e importancia que tiene la oración cristiana.*»

MISIONAL. — El Año Santo y la oración.

# MAS SOBRE «SENTIR CON LA IGLESIA»

ROBERTO CAYUELA, S. J.

Cada día se hace más urgente volver los ojos a Roma; y fijarlos en la suprema Cátedra de la verdad, para sentir sincera y plenamente con la Iglesia.

Es la única solución para el remedio de todos los errores doctrinales y de todas las desviaciones morales de nuestra época.

Y es también la única solución para que no nos suceda lo que ya advertía San Pablo a los cristianos de la primitiva Iglesia: «que no andemos fluctuando de acá para allá, dando vueltas a todo viento de doctrina..., cayendo en las añagazas de la seducción» (Eph., 4, 14).

Pero ahora, ¿quién habla tan sólo de *vientos*, cuando vemos y palpamos la tristísima realidad que se expresa en el popular adagio: «Quién siembra vientos, recoge tempestades»?

No otra cosa que recias y continuas tempestades son los que agitan y revuelven el mar de la vida en nuestros días; tempestades son las que ponen en peligro de naufragio a innumerables piraguas, canoas y barquillas de conciencias individuales; y también a barcas, barcazas y aun navíos de alto bordo de no pocos Institutos Religiosos y de Movimientos Sacerdotales; y tempestades son las que azotan la misma Nave de Pedro... Tan sólo el Augusto Timonel se mantiene firme y seguro, asistido por el Espíritu de la verdad; pero levantando de continuo su alma afligida desde el mar al Cielo, para pedir la salvación de los hijos de la Iglesia, puestos en inminente peligro de zozobrar; y bajándola del Cielo al mar, para dirigir el salvamento y evitar los totales naufragios.

De entre estas tempestades, cosecha funesta de vientos anteriormente sembrados, hay una muy fuerte y peligrosa que está poniendo en trance de hundirse, o por lo menos de perder la ruta de la verdad, a muchos cristianos, y aun a sacerdotes y religiosos.

Es la tempestad del Socialismo, que en sus actuales varias formas, pero siempre ideológicamente opuesto a la fe y a la vida cristiana, se ha infiltrado por múltiples grietas, hasta llegar a tomar sus posiciones en el seno mismo de la Iglesia.

Pero, ¿quiénes son los que han abierto esas grietas, sino muchos hijos de la misma Iglesia, que dando la espalda a la que es su Madre y Maestra, se están volviendo al Socialismo, para buscar en él lo que tan equivocadamente piensan que no encuentran en la Iglesia Católica?

Y ¿qué es lo que dicen no encontrar en Ella? Comienzan por reducir «la cuestión social», que es tan compleja, y tiene aspectos y problemas de muy varia-

do origen, índole y forma, a una sola cosa: «la injusticia social». No ven en el mundo actual más que opresores y oprimidos. Y dicen que la Iglesia no ha sabido o no ha podido remediar esa injusticia social; no se ha opuesto a los opresores; no se ha vuelto a los oprimidos. Y añaden que eso que la Iglesia de Cristo no sabe o no puede hacer, lo hace el Socialismo, o se puede esperar de él.

Éste es el fondo del asunto; ésta la idea que *subyace* en todos los movimientos de preferencia por el Socialismo, o de acercamiento a él. Ciertamente que no todos los que así proceden se atreven a formular en toda su crudeza la equivocadísima afirmación; otros la indican a medias o como entre dientes; mas algunos, los más osados, se atreven a proferirla paladinamente.

El hecho de esta tempestad espiritual, ideológica y práctica, es innegable. De él están llenas las revistas y los libros de nuestra época; él pulula en reuniones, convivencias y congresos; y aun, por desgracia, se advierte su presencia en homilías y conferencias de sacerdotes.

El año 1973, un grupo de doscientos cristianos, reunidos en Ávila, expresó su «voluntad de vivir la fe desde una opción de clase marxista». Lo mismo y con idénticas palabras proclamaron más de doscientos cincuenta cristianos en unas Jornadas tenidas en Perpiñán, el año 1974; añadiendo que se movían a tal decisión por el hecho de que tenían por delante el ejemplo de los dos mil «cristianos socialistas» que reunidos en Bolonia el año 1973, habían afirmado sin rebozo: «Socialistas somos, en cuanto cristianos; que optamos por el Socialismo, como solución de la injusticia social.» Se va, pues, formando como una especie de «Internacional socialista cristiana».

Hasta se ha dado el triste y lamentable caso de que en una reunión de religiosos se tomó el acuerdo de «que se acepte para algunos de ellos, especialmente los que ejercen su apostolado en el mundo obrero o universitario, una opción por el Socialismo; en el sentido de que dentro del abanico de soluciones al problema de la injusticia social, tengan la posibilidad de aportar su fe a la búsqueda socialista».

Pero mientras suceden estas cosas tan tristes y penosas, no cesa la Santa Iglesia de levantar su voz, para que sus hijos no se aneguen en el hirviente oleaje de esta tempestad socialista.

Ya durante el Concilio Vaticano II, Monseñor Hakin emitió el siguiente juicio, adoptado después por el Manifiesto de 18 Obispos del Tercer Mundo: «Los

cristianos tienen el deber de demostrar que el verdadero Socialismo (por decirlo así) es el Cristianismo vivido integralmente, en el justo reparto de los bienes y en la fundamental igualdad de todos.»

Y el Papa Pablo VI, en su «Octogesima adveniens», número 31, nos habla del atractivo que, con demasiada frecuencia, sienten algunos cristianos por el Socialismo; descubre las insidiosas tentaciones con que son inducidos hacia él; y recomienda prudencia lúcida ante las vinculaciones de las diversas evoluciones del Socialismo con *ideologías incompatibles con la fe*. Y así, o de parecida manera, el mismo Pablo VI en múltiples ocasiones; y con él Obispos muy doctos y prudentes.

Al recordar todo lo dicho hasta aquí, no ha sido nuestro intento desarrollar ampliamente y hacer ver en su ingente magnitud la realidad terrible de la tempestad del Socialismo, que agita y revuelve ahora una gran parte del mar por donde navega la Iglesia de Cristo. Y si hemos constatado el hecho innegable de esta tormenta, y nos hemos referido a la voz de la Iglesia sobre ese hecho, su gravedad y sus peligros, ha sido tan sólo para sacar la consecuencia de que realmente, como decíamos al comienzo, se hace cada día más urgente «sentir con la Iglesia», como única solución para no naufragar en esa tan terrible tempestad, lo mismo que en las demás que agitan y revuelven ahora el mar de nuestra vida.

Vamos, pues, a completar lo que expusimos en un artículo anterior sobre «Sentir con la Iglesia», a propósito de las admirables Reglas que acerca de este punto, tan capital en la vida cristiana, nos dejó San Ignacio, al final de su Libro de los Ejercicios. Es

## 1.º LA IGLESIA, SANTA MADRE NUESTRA

El fundamento teológico de las Reglas de San Ignacio no es otro, ni podía ser otro, que el Misterio divino-humano de la Iglesia.

Este Misterio puede decirse que ha sido siempre la piedra de escándalo en la que han tropezado todas las rebeldías contra la verdadera Iglesia, de que nos habla la Historia. Y de ahí se puede deducir la profundidad del pensamiento de San Ignacio, al establecer la gran verdad de este Misterio divino-humano de la Iglesia de Cristo, como base teológica de sus Reglas «para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener».

Y con certera visión de la sublime realidad del Misterio de la Iglesia, nos propone San Ignacio que, ante todo, la Iglesia es «nuestra santa Madre».

El Concilio Vaticano I nos describe a la Iglesia, en cuanto continuadora de la obra del Divino Redentor, engendrando sin interrupción a la Iglesia, en cuanto congregación de los fieles cristianos. Desde el punto de vista de la causa eficiente, la Iglesia es la que hace a sus miembros; y desde el punto de vista de la

causa material, la misma Iglesia está constituida por sus miembros.

decir, vamos a fijar nuestra atención más detenidamente en los principios básicos que señala el mismo San Ignacio para la práctica del «sentir con la Iglesia»; y esto nos llevará a ahondar más y más en las motivaciones teológicas que, como en sus profundas raíces, tiene en la palabra de Dios nuestro amor verdadero y nuestra docilidad obediente a la Iglesia.

Es cosa sorprendente advertir que los tres aspectos que el Misterio de la Iglesia tiene en la divina revelación, esos mismos tres aspectos son los que nos propone San Ignacio en sus Reglas, como motivos del todo eficaces, para que en todo sintamos con la Iglesia. A saber: la Iglesia, Madre nuestra; la Iglesia, Esposa de Cristo y su Cuerpo Místico, y la Iglesia, vivificada por el Espíritu Santo. Cada uno de estos tres títulos, y más los tres juntos, son motivos sumamente poderosos y a la vez muy suaves, y por lo mismo grandemente eficaces, para que amemos y obedezcamos a la Iglesia, pensando como Ella y sintiendo como Ella.

Vamos a verlo en compendiosa visión; y así quedará patente que las llamadas vulgarmente «Reglas para sentir con la Iglesia» —pero que en el texto original de San Ignacio llevan el título, mucho más expresivo de la amplitud y profundidad teológica de su significado: «Para el sentido verdadero que en la Iglesia militante debemos tener, se guarden las Reglas siguientes— tienen, a la luz de sus normas fundamentales y principios teológicos, un valor trascendente y una adaptabilidad y aplicación perfecta a las circunstancias de todos los tiempos; y por lo mismo son de suma actualidad en la crisis de la hora presente.

causa material, la misma Iglesia está constituida por sus miembros.

La Iglesia, pues, en el aspecto activo de engendradora de sus hijos, es la que llamamos continuadora de la obra del Redentor y verdadera Madre nuestra; y así es anterior, al menos con prioridad de naturaleza, a la misma Iglesia como Congregación de los fieles cristianos. Esta sublime virtud maternal la obtiene la Iglesia con los poderes Mesianicos de Cristo, como nos lo da a entender el mismo Vaticano I, cuando dice que «para perpetuar la obra de la Redención, Jesucristo instituyó la Iglesia, congregando a los Apóstoles y confiándoles sus mismos poderes Mesianicos, a fin de que ellos reuniesen a todos los creyentes y los mantuviesen unidos entre sí con los vínculos de una misma fe y caridad. Y para que sin cesar esto mismo se siguiese haciendo hasta la consumación de los siglos, confió a sus Apóstoles la plenitud de sus poderes, que habían de transmitir íntegros y sin interrupción hasta el fin del mundo» (Conc. Vatic. I, Const. de Eccl.; Denz., n.º 1821).

Explicando el Papa León XIII la misma doctrina, se pregunta: «¿Cuál fue el primario y primordial intento de Cristo al fundar su Iglesia?» Y responde: «Lo que pretendió, lo que quiso Cristo de la Iglesia por Él fundada y al fundarla, fue esto: transmitirle, para que continuara ejerciéndolos, el mismo oficio y el mismo mandato que Él había recibido del Padre. Esto es lo que determinadamente se había propuesto hacer, y esto es lo que realmente hizo... por eso, antes de su Ascensión a los Cielos, envió sus Apóstoles a predicar y difundir su doctrina, con los mismos poderes con los que Él había sido enviado del Padre» (Mt., 28, 18 ss.) (Enc. *Satis cognitum*).

Pío XII vuelve a recalcar las mismas enseñanzas, afirmando taxativamente que la triple potestad de enseñar, de conducir a la santidad y de regir... ha sido establecida por el Divino Redentor como la ley primaria o fundamental de toda la Iglesia. «De esta suerte, añade, por mandato del mismo Salvador, se perpetúan en la Iglesia los mismos poderes de Cristo, Maestro, Sacerdote y Rey; y de tal manera que el mismo Cristo es el que vive en su Iglesia, y el que por Ella instruye, santifica y gobierna a los hombres.»

De donde concluye el mismo Sumo Pontífice que en el ejercicio de sus tres poderes la Iglesia «resplandece sin mancha alguna, como Madre piadosa, en los Sacramentos, por los que engendra y alimenta a sus hijos; en la fe que en todo tiempo les enseña y conserva incontaminada; en las leyes santísimas y en los consejos evangélicos, con que los amonesta y gobierna; en los demás dones celestiales y carismas, mediante los cuales, con su inexhausta fecundidad, da a luz legiones de mártires, de vírgenes y de confesores; sin descuidar por eso a los miembros que

enfermos o heridos languidecen, por los que ora todos los días, y a los que sin cesar ofrece sus cuidados con amor a la vez fuerte y materna» (Enc. *Mystici Corporis*).

Y profundizando aún más en el misterio de la verdadera maternidad espiritual de la Iglesia, lo explica Pío XII recurriendo al concepto de instrumentalidad, que Santo Tomás desarrolló tan maravillosamente con relación a la eficacia santificadora de los Sacramentos de la Iglesia (S. Th., 3, q. 64). En esta doctrina del Doctor Angélico, aducida por Pío XII, tenemos explicada la verdadera razón de causalidad, o sea de agente como causa, que ejerce la Iglesia en la obra de nuestra santificación para nuestra salvación eterna. En esto consiste su función verdaderamente maternal y el fecundísimo vigor de Madre que el Hijo de Dios le comunicó para regenerar a los hombres, o sea para engendrarlos en Cristo; para alimentar y fortalecer continuamente su fe y su vida sobrenatural de la Gracia, en orden a la de la Gloria; y para realizar en ellos la imagen perfecta del Modelo de todos los predestinados.

Este es el consolador y eficaz aspecto del Misterio de la Iglesia que nos propone San Ignacio, cuando en sus admirables Reglas nos recuerda que Ella es «nuestra Santa Madre Iglesia Jerárquica». Más aún, el mismo San Ignacio, al darnos la doctrina céntrica de sus Ejercicios, que es la de las «elecciones», nos propone la realidad de que la Iglesia es nuestra santa Madre, como poderosísima razón teológica para movernos a obedecerla y seguirla plena y perfectamente: «no eligiendo de las cosas, en sí buenas o indiferentes, sino aquellas que militan dentro de la santa Madre Iglesia Jerárquica».

## 2.º LA IGLESIA, ESPOSA DE CRISTO, Y SU CUERPO MISTICO

Este segundo título incluye dos imágenes distintas, con los que Dios nos ha revelado el Misterio de la Iglesia de Cristo. Son las imágenes de Esposa y de Cuerpo Místico, que tenemos expuestas principalmente en los escritos de San Pablo.

San Ignacio, en las Reglas de que tratamos, sólo menciona la imagen de Esposa; pero por otros escritos suyos sabemos que le era también familiar la imagen de Cuerpo Místico. En su preciosa carta al Emperador de Etiopía, sobre el Primado Romano y la unidad de la Iglesia, junta el Santo ambas imágenes, cuando escribe así: «La Iglesia Católica no es sino una en todo el mundo... Como Cristo, su Esposo, es uno, así la Iglesia, su Esposa, no es más que una...; y fuera de ella no hay bien ninguno; porque quien no estuviere unido con el Cuerpo de ella, no recibirá de Cristo Nuestro Señor, que es su Cabeza, el influjo de la gracia que vivifique su alma y la disponga para la bienaventuranza. Y es beneficio singular ser unidos al Cuerpo Místico de la Iglesia Ca-

tólica, vivificada y regida por el Espíritu Santo, que le enseña toda verdad». Para San Ignacio, el paso de la imagen de Esposa a la de Cuerpo Místico es obvio; y una imagen viene como a completar la otra.

Lo mismo hace San Pablo, que es el autor inspirado por Dios, que ha dado a las dos imágenes el más amplio fundamento revelado. Escribiendo a los fieles de Efeso, vemos que entrelaza y funde de propósito una imagen con la otra, cuando dice: «El varón es Cabeza de la mujer, como Cristo es Cabeza de la Iglesia. El es el Salvador de su Cuerpo, etc. (Eph., 5, 23-29). El paso de una imagen a la otra es natural y espontáneo, como se ve en San Pablo; sin embargo, cada una tiene su matiz de significación propia, que aunque en el fondo significan la misma cosa, se complementan muy bien para revelarnos mejor el profundo Misterio de la Iglesia.

En ambas imágenes se nos revelan dos ideas centrales: la de la unión íntima e indisoluble que existe entre Cristo, Esposo, y la Iglesia, su Esposa; y la de

Cristo, Cabeza, que la sustenta, vigoriza y gobierna.

a) En la imagen de Esposa, que tantas veces hallamos en la Biblia y en San Agustín, la idea de unión tiene por base más bien el amor consumado y mutuo, que existe entre Cristo y su Iglesia; amor que el Espíritu Santo nos describió maravillosamente en el Libro del Cantar de los Cantares.

Por un verdadero exceso de amor, Cristo eligió a su amada Iglesia; la hizo objeto de sus más sublimes promesas; la elevó a la dignidad incomparable de Esposa suya; la adornó con las más ricas joyas de su divina gracia; la asoció a su magnífica obra de Redención y Salvación del género humano; la hizo confidente de sus más arcanos secretos, haciéndola capaz de adivinar sus más íntimos querer y de corresponder plenamente a las ternuras de su amor; y llegó finalmente a sacrificarse por Ella, hasta el heroísmo de la Cruz, en donde hizo que brotase a la vida, como su Esposa, de lo más íntimo de su Sagrado Corazón: «Ex Corde scisso Ecclesia, Christo iugata, nascitur» (Himno del Oficio del Sdo. Corazón).

Por el amor mutuo que existe entre Cristo, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, hay una tan perfecta unión y conformidad de voluntades, de sentimientos, de criterios, de aspiraciones en ambos, que todo lo que signifique frialdad, desestima o insubordinación a la Iglesia de Cristo, incluye infaliblemente, como secuela, la tibieza, la indiferencia o la rebeldía respecto de su Divino Esposo. De donde se sigue que por sólo el motivo de esa perfecta unión de pensamientos y criterios, de sentimientos, amores y voluntades, deduzca certeramente San Ignacio la necesidad de nuestra plena docilidad y obediencia a la Iglesia Jerárquica; o sea, como el Santo se expresa, «de que entre Cristo Nuestro Señor, Esposo, y la Iglesia, su Esposa, es el mismo espíritu que nos gobierna y rige para la salud de nuestras almas». (Regla 13.)

La idea de Cabeza, que encierra también la imagen de la Esposa, denota más bien la autoridad y dominio que a Cristo corresponden como Esposo respecto a la Iglesia; y la sumisión y subordinación correlativas con que Ella debe obedecer y cumplir sus voluntades y mandatos, como corresponde a su condición de verdadera Esposa de Cristo Nuestro Señor. Bajo este aspecto la Iglesia se halla también estrechamente unida e íntimamente compenetrada con Cristo en los ideales y propósitos de enseñanza, santificación y buen gobierno de todos los creyentes. Es la fiel compañera de Jesucristo, la ejecutora dócil de sus designios y planes, la incansable propagadora de su obra de Redención y Salvación, la dispensadora solícita de sus gracias, la Madre más amante de sus hijos, la enamorada Esposa, en todo identificada por caridad con su Dueño y Señor. (Cfr. Ch. Journet, *L'Eglise du Verbe Incarné*.)

Esta idea de Cabeza, inherente a la imagen bíblica de Esposa, no hace más que corroborar los resulta-

dos de la idea anterior. Porque siendo la Iglesia tan dócil en todo a Cristo, a fuer de fiel y obediente Esposa, y estando siempre tan al mandato y querer de su divino Esposo, que con la eficacia de su infinito poder no puede permitir que Ella nos desvíe o nos defraude; síguese necesariamente, que obedececiéndola nosotros perfectamente, y siendo enteramente dóciles a sus enseñanzas y consejos, a sus orientaciones y decisiones, nunca fallaremos ni desfalleceremos en el camino que nos conduce a Dios; y síguese, en otras palabras, que «depuesto todo juicio, debemos tener ánimo aparejado y pronto para obedecer en todo a la vera Esposa de Cristo Nuestro Señor, que es la... Iglesia Jerárquica», como nos lo recomienda San Ignacio (Regla 1.<sup>a</sup>).

b) La imagen de Cuerpo Místico. La sublime realidad divina de que el Hijo de Dios se hizo Hombre para formar con todos los hombres que se adhieren a El por la fe y el Bautismo un maravilloso Cuerpo, del que El fuese la Cabeza y nosotros los miembros, es una verdad que estuvo oculta aun a los Patriarcas y Profetas de la Antigua Alianza, pero que el Espíritu Santo la reveló en la Nueva Alianza, por medio principalmente de San Pablo.

Esta imagen del Cuerpo Místico nos introduce más íntimamente en el Misterio de la Iglesia que la imagen de Esposa. En la imagen de Cuerpo Místico la Iglesia ya no se considera, con relación a Cristo, como una persona distinta, como lo es la Esposa ante su Esposo, sino como algo que no forma con El sino un solo organismo viviente, un solo Cuerpo sobrenatural; lo que San Agustín llamó «el Cristo total», del que El es la Cabeza y la Iglesia el Cuerpo.

Los grandes teólogos católicos, sobre todo San Agustín y Santo Tomás, han desarrollado magníficamente esta doctrina, de la que el Doctor clásico es San Pablo. Y cuando en nuestros tiempos se había oscurecido en las mentes de no pocos cristianos la luz de esta gran verdad y de sus graves consecuencias prácticas, ha querido la amorosa Providencia del Señor que esta soberana revelación divina nos fuese explicada en toda su grandeza teológica y en todos sus aspectos prácticos por dos grandes Papas, León XIII y Pío XII. Lo hizo el primero en su Encíclica *Satis cognitum*; y más extensa y plenamente el segundo en su preciosísima Encíclica *Mystici Corporis*. A ellas, y sobre todo a la segunda, nos habremos de remitir ahora, para que no alargarnos en exceso.

Tan sólo indicaremos que la doctrina teológica que lleva consigo la soberana imagen de Cuerpo Místico, nos conduce más íntimamente a los fundamentos teológicos que dan valor perenne y dan actualidad vivísima a las Reglas de San Ignacio para «sentir con la Iglesia». Porque si la unión que existe entre Cristo y la Iglesia es tan íntima que de ambos no viene a resultar más que una Persona mística, como

dice Pío XII; síguese necesariamente la obligación ineludible de obedecer en todo y por encima de todo a la Iglesia Jerárquica; porque al fin es la misma Persona invisible de Cristo quien nos manda por su Iglesia visible; y así es que obedeciendo o desobedeciendo a la Iglesia, a quien en verdad obedecemos o desobedecemos es a Cristo, como nos lo advirtió el Señor, cuando dijo a sus Apóstoles: «el que a vosotros oye, a mí me oye; y el que a vosotros desprecia, a mí me desprecia» (Lc., 10, 16). Y por eso, lo que dice San Ignacio, que «entre Cristo y la Iglesia es el mismo espíritu que nos gobierna», resulta ser tan verdadero, que ese mismo espíritu viene a ser la misma Persona del Salvador; de tal manera que si en algo resistiéramos a su Iglesia, nos podría con verdad decir el Señor lo que dijo a Saulo en el camino de Damasco: «Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues?» (Act., 9, 4.)

### 3.º LA IGLESIA, VIVIFICADA POR EL ESPÍRITU SANTO

El tercer aspecto del Misterio de la Iglesia, que señala San Ignacio para movernos segurísimamente a «sentir con la Iglesia», es que el Organismo sobrenatural, o Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia, está vivificado por el Espíritu Santo. Es el misterio de la vida de unión con el mismo Dios en la Iglesia, como nos enseña San Ignacio. También este punto lo habremos de exponer sucintamente.

Este misterio de nuestra vida de unión con Dios, por conocimiento y amor, y en la Iglesia, es el que preferentemente nos propone el Discípulo predilecto de Jesús, San Juan; y es el que con primaria preferencia destaca el Doctor Angélico, haciendo de él como el centro y ápice de los otros dos aspectos del Misterio de la Iglesia, en perfecta consonancia con el plan grandioso de su Suma Teológica.

Según Santo Tomás, la Iglesia es un verdadero organismo viviente, animado o vivificado por un principio vital, que es el mismo Espíritu Santo. Tal es también el profundo pensamiento de San Ignacio, al decirnos que el Cuerpo Místico de Cristo, que es la Iglesia Católica, está vivificado y regido por el Espíritu Santo; «porque por el mismo Espíritu y Señor nuestro, que dio los diez mandamientos, es regida y gobernada nuestra santa Madre Iglesia». (Regla 13.ª)

San Ignacio, con Santo Tomás, da por supuesto que la vida peculiar y propia de la Iglesia es verdaderamente vida divina; y como de la vida divina sólo puede ser principio y agente el mismo Dios, por eso ambos enseñan que el alma del Cuerpo Místico es el Espíritu Santo; afirmación clásica en la tradición doctrinal de Padres y Teólogos; pero el Doctor de Aquina acertó a incorporar, como elemento principalísimo, a su pensamiento sobre la Iglesia. Para él la

De donde resulta que si no queremos dificultar o destruir la obra del mismo Cristo en la Iglesia, debemos adoptar una actitud de absoluta y perfecta docilidad a todas esas actuaciones del mismo Señor en Ella. Y esa nuestra docilidad y obediencia las hemos de ejercer, ante todo, respecto a las actuaciones jerárquicas, de cuya legitimidad no nos es posible dudar; cuales son las que se nos manifiestan en las enseñanzas, en los actos de culto y en los mandatos de los Ministros de Cristo en su Iglesia. Tal es exactamente la docilidad perfecta a la Iglesia Jerárquica, que tan encarecidamente nos recomienda San Ignacio, cuando nos dice que de las cosas, en sí buenas o indiferentes, no elijamos sino las que militan dentro de la Santa Madre Iglesia Jerárquica. (Para tomar noticia de qué cosas se debe hacer elección.)

vida de la Iglesia es, ante todo, la vida de las almas típicamente orientadas hacia Dios; y el alma y fuerza motora de toda esa vida es el Espíritu Santo. En esto es en lo que él ve la primera y más profunda noción del Misterio de la Iglesia.

Por ser el alma de la Iglesia, bien se puede decir que el Espíritu Santo es inmanente a Ella. Lo es en todos y cada uno de los fieles, con una inmanencia vital y santificadora de sus almas; por la que El es quien les hace exclamar con sentimientos de verdaderos hijos: «Abba, Padre» (Rom., 8, 15; Gal., 4, 6). Pero se da, además, una inmanencia del Divino Espíritu en la Iglesia, que se puede llamar funcional o jerárquica, en virtud de la cual El ejerce también, y de un modo principal o primario, las funciones jerárquicas. Es aquella inmanencia vivificante que formalmente prometió el Salvador a sus Apóstoles, cuando les dijo: «Esperad en la ciudad, hasta que seáis revestidos de la virtud de lo alto. Porque yo os envío al Paráclito, el prometido por el Padre, el Espíritu de la verdad, para que os enseñe y sugiera todas las cosas que os he dicho, y permanezca con vosotros para siempre» (Lc., 24, 47-49; In., 14, 16, 17, 26). A esa inmanencia vivificadora del Espíritu Santo en sus ministros aludía inequívocamente el divino Maestro, cuando decía a sus Apóstoles: «En aquel día (o sea, después de recibir el Paráclito el día de Pentecostés), conoceréis que vosotros estáis en mí, y yo en vosotros; y que el Espíritu Santo permanecerá con vosotros y estará también en vosotros» (In., 14, 17, 20). Y por eso, «en aquella hora se os dará lo que habéis de hablar; porque no sois vosotros los que habláis, sino el Espíritu de vuestro Padre quien habla en vosotros» (Mt., 10, 19, 20).



Esta presencia inmanente y esta actuación real y continua del Espíritu Santo en la Iglesia es también la más profunda, la más decisiva y la última de las razones teológicas que da San Ignacio para movernos a obedecer plenamente a la Iglesia. Ya no es sólo la razón de que el Papa y los Obispos que en ella nos gobiernan son los legítimos representantes de Jesús, y los embajadores autorizados por el Mesías o Legado de Dios; ni es solamentela razón de que esos Jerarcas son los órganos auxiliares o instrumentos visibles por cuyo medio nos sigue enseñando, santificando y gobernando el Dios hecho Hombre; ni siquiera es la tan profunda razón de que, constituyendo la Iglesia una sola persona mística con Cristo, en sus mandatos, como en sus enseñanzas, nos hallamos al fin ante la voluntad manifiesta de la persona del Redentor; sino que la razón última y motivo más eficaz es que el mismo Espíritu Santo en persona, «el Señor y el Vivificador», el Amor inefable y sustancial del Padre y del Hijo, el alma misma de la Iglesia, es quien demanda nuestra total obediencia. El «sentido verdadero de la Iglesia, que en la Iglesia debemos tener, que dice San Ignacio, no puede ser otro que el mismo sentir del alma de la Iglesia, que es el Espíritu Santo, por quien de la manera más íntima y vital, «es regida y gobernada nuestra San Madre Iglesia», como enseña San Ignacio. — (Cfr. Joaquín Salaverri, S. I., *Motivaciones históricas y significación*

*teológica del ignaciano "sentir con la Iglesia", en «Estudios Eclesiásticos», vol. 31, enero-marzo, 1957; páginas 139-171.)*

Hemos aducido en esta exposición, enseñanzas preciosas de los dos grandes Teólogos y Doctores de la Iglesia, San Agustín y Santo Tomás de Aquino. Terminemos recordando unas memorables palabras de ambos.

Al haber caído enfermo de muerte el Doctor Angélico en el Monasterio Cisterciense de Fossanova, cerca de Roma, cuando, llamado por el Papa, iba a tomar parte en el Concilio II de Lyon; y al ir a recibir el Santo Viático, dijo: «Te recibo, oh precio de la redención de mi alma; por cuyo amor he estudiado, he pasado vigiliass, he trabajado. Te he predicado y he enseñado sobre Ti. Nunca dije nada contra Ti. Ni en mi parecer soy pertinaz. Pero si algo he dicho mal acerca de este Sacramento, todo lo dejo a la corrección de la Santa Romana Iglesia, en cuya obediencia paso ahora de esta vida» (Acta Sanctorum, 7 de marzo, página 675).

Y San Agustín nos legó este testimonio de su espíritu: «No creería yo al Evangelio, si no me conmoviera la autoridad de la Iglesia Católica» (Contra episto. Manich., 5, 6).

Así vivieron nuestros insignes Padres y Maestros en la fe. Siguiendo sus pasos, vamos seguros.



# García Moreno

TEÓGENES BELTRÁN, Párroco

Hace un año nos visitaba el P. Severo Gómez Jurado, S. J. de Quito (Ecuador), entre sus visitas a Roma y París, trabajando siempre en la investigación para completar en lo posible la Historia de D. Gabriel García Moreno, Presidente de su nación y Mártir de la Iglesia, y acelerar sobre todo su beatificación. Recuerdo su emoción al visitar la patria de su padre, Villaverde del Monte.

Poco antes, y casualmente, D. Francisco Tobar García, sobrino-nieto de García Moreno, acompañado de Renán Flores, periodista también ecuatoriano, con sus distinguidas esposas. El sobrino escribió emocionado un artículo en «El Comercio», de Quito, titulado «Los García y Soria», en que relata con mucha sal su visita a Soria.

Estamos ya en el centenario del asesinato de García Moreno. Gómez Jurado tiene escrita su historia en doce enjundiosos volúmenes, además otros de menor formato y folletos y hojas de divulgación. Con motivo del centenario van a editar en Guadalajara (Méjico), por segunda vez, todos los escritos, discursos, arengas, proclamas, cartas (más de 3.000), con una inmensa bibliografía de este gran hombre.

En España, «ABC», «El Cruzado Español», «El Reino de Cristo» y otras revistas y diarios van escribiendo algo, que nos parece poco, sobre figura de tanta talla y de origen hispano. Como Presidente del Ecuador destaca por el engrandecimiento a que rápidamente llevó a su patria. Bajo su mandato se comenzó el importante ferrocarril del sur, en el sector de la costa; se construyó la gran carretera nacional, que se integraría en la pista panamericana; fundó escuelas, colegios, centros de beneficencia, la Escuela Politécnica de Quito, el Observatorio astronómico, la Escuela de Artes y Oficios... obsesionado siempre por proporcionar el progreso y la felicidad a su país.

Su formación religiosa, en cultivo intensivo de su carácter genial, le llevó al gobierno en cristiano de su país. En procesiones penitenciales, siendo Presidente, llevó una gran Cruz a cuestras, y lo más destacado fue la Consagración del Ecuador al Sagrado Corazón de Jesús, la primera del mundo, diplomáticas, amistosas con el Vaticano. El en-

tonces Pontífice Pío IX, le distinguía con una confianza sin límites y verdadero cariño. Dichos gestos exacerbaron de tal manera a la masonería que decretó su muerte. Copiamos de José Quignard: «Cuando supimos que este hombre había llevado procesionalmente una Cruz por las calles de Quito, hallamos que la medida estaba colmada y decretamos su muerte».

Bismarck encomendó a las logias sudamericanas el cuidado de liberar al mundo de este importuno censor de sus grandes obras. El decreto del asesinato firmado en Berlín a comienzos de 1875 fue ejecutado en Quito el 6 de agosto por bandidos asalariados. Aquel día había escrito en su carnet esta jaculatoria:

«Jesús mío, Jesucristo, dadme amor y humildad e indicadme lo que hoy debo hacer en vuestro servicio.» Y el Señor le pidió su holocausto.

El Congreso del Ecuador le llama Ilustre regenerador de la Patria y Mártir de la civilización católica, y el Cardenal Baudrillart en 1921 lanza en París este apotegma:

«Flor del genio español, García Moreno es en verdad mártir de la civilización cristiana.»

Es natural que en la basílica de San Pablo, de Roma, tenga una estatua y a su pie esta inscripción: «GABRIEL GARCÍA MORENO, PRESIDENTE DE LA REPÚBLICA DEL ECUADOR, ASESINADO A TRAICIÓN POR MANOS IMPÍAS EL 6 DE AGOSTO DE 1875. EN SU MUERTE GLORIOSA LE HONRARON TODOS LOS BUENOS, CON SU ADMIRACIÓN Y ENCOMIO, CON SU DESOLACIÓN Y LLANTO. PÍO IX PONTIF.-MÁXIMO, A SU PROPIA COSTA Y COOPERANDO MUCHÍSIMOS CATÓLICOS, AL HÉROE BENE-MÉRITO DE LA IGLESIA Y DE LA PATRIA».

\* \* \*

Había nacido en Guayaquil el 24 de diciembre de 1821. Era hijo de D. Gabriel García Gómez y de D.<sup>a</sup> Mercedes Moreno. Ésta pertenecía a familia distinguida, no solamente en el Ecuador, sino también en España: sobrina de un arcediano de Lima y tía del Cardenal Primado de Toledo, don

Ignacio Moreno, cuyo sepulcro se halla en la catedral primada de España. Por línea paterna era soriano. Su padre había nacido en Villaverde del Monte el 2 de octubre de 1766, por la mañana, hijo de Diego y María, también naturales de Villaverde. En Cádiz estudia y trabaja con un tío, ex secretario de Carlos IV. Marcha a América en 1793 y se establece en El Callao y después en Guayaquil, donde nace Gabriel. Son ocho hermanos. Muere joven, pero vive su memoria por el hijo que dio al Ecuador, a la Iglesia y al mundo. En este noble pueblo soriano tiene dedicada esta lápida desde el 10 de junio de 1935: «HOMENAJE DE VILLAVERDE DEL MONTE A LA MEMORIA DE SU HIJO ILUSTRE D. GABRIEL GARCÍA GÓMEZ, PADRE DE GARCÍA MORENO, PRESIDENTE DEL ECUADOR, MODELO DE GOBER-

NANTES». Era Alcalde D. Manuel Benito, que ofrece y descubre la lápida y dice que se siente orgulloso de ser compatriota de García Moreno; pronunció un elocuentísimo discurso el M. I. señor D. Santiago Gómez antacruz, Abad de Soria, diciendo que García Moreno fue enérgico y austero; que este hijo que da relieve al padre, era justiciero, desprendido, trabajador, gran patriota y virtuosísimo cristiano. Elogió la virtud de los hijos de Villaverde.

Moribundo García Moreno, dijo: «¡DIOS NO MUERE!» Y aquel VIGOROSO GIGANTE, como le llamó el Congreso del Ecuador, al morir pasó a la Historia gloriosa que este año conmemoramos centenariamente. Todos lo haremos jubilosos el 6 de agosto.

## «...Te muestras Obispo, tal como lo describe el Apóstol...»

«Toledo, 9. — El Cardenal Primado ha enviado a Monseñor Guerra Campos, Obispo de Cuenca, el siguiente telegrama: "Como Metropolitano provincia eclesiástica a la que pertenece Cuenca, lamento profundamente afirmaciones vertidas sobre vuestra excelencia a la vez que reitero admiración por espléndida labor pastoral diócesis, profundidad magisterio doctrinal, espíritu servicio, trabajo continuo en bien Iglesia española. Marcelo, Cardenal-Arzbispo Toledo, Primado de España".»

Lo hemos leído también aquí, en Cataluña, y con grande consuelo, todos los que, aun cuando ajenos a su diócesis, admiramos y queremos al Obispo de Cuenca, y le agradecemos su constante edificación, cuya manifestación más popular eran sus —que siempre se nos antojaban harto cortas— espirituales frases, cargadas de jugoso contenido sobrenatural, que nos llegaban por la «tele».

---

Y precisamente como catalanes, ante todo católicos fervientes, nos acude uno que osaríamos llamar santo paralelismo.

Más de sesenta años atrás, en épocas también harto difíciles para la Iglesia, San Pío X, Pontífice, escribía al más grande de los prelados catalanes contemporáneos, al Doctor Torras y Bages, «de santa memoria», una carta, felicitándole por una pastoral valentísima: «... Realmente, en ella te muestras Obispo, tal como lo describe el Apóstol, "adicto a las verdades de la fe según le han sido enseñadas, a fin de ser capaz de instruir en la sana doctrina y argüir a quienes la contradigan". Y, en verdad que con sabia doctrina y perfectamente acomodada a las circunstancias de la sociedad has instruido al pueblo que te fue confiado (...), y a los contradictores, no sólo les has rebatido brillantemente, sino que, además, has puesto al descubierto los planes ocultos que conciertan y has desvanecido y pulverizado los sofismas del falso *liberalismo*.»

No sabemos bien por qué. Pero un instinto nos ha movido a hallar una perfecta resonancia entre ambas bendiciones de autoridad suprema. La última, del Papa Santo al Obispo intrépido. La anterior, del Primado de España (que, personalmente, dejara en Barcelona el entrañable recuerdo del breve paso del Pastor Marcelo) al Obispo hoy tan combatido, convertido tan gratuitamente en piedra de contradicción.

Aun a riesgo de herir la profundísima humildad de Monseñor Guerra —y nos tememos herirla de verdad, pero no queremos silenciarnos—, queremos resaltar esta ocurrencia que nos acaba de acudir.

Paralelismo, santa analogía, entre Monseñor Guerra Campos y el grande Doctor Torras y Bages, Obispo de Vich de «santa memoria».

A muchos chocará, en Cataluña y fuera de ella. En gran parte, por olvido y desconocimiento del Doctor Torras y Bages, de cuya colosal figura muchos sólo han conservado el recuerdo y culto al autor de «La Tradició Catalana», bien que ella sola debiera bastar para inmortalizarle como bastión fundamental del pensamiento de Cataluña y de España. Y que, por lo mismo —quizá ni por haberla siquiera leído— ha sido sólo enfocada desde un punto angular y parcial, cuando es obra totalmente catalana y española, y fundamentalmente básico-cristiana y universal también por tanto.

El Doctor Torras y Bages fue un genio de la ciencia y de la piedad, español y universal. En las épocas de anticlericalismo típico de la primera Anteguerra (la Francia de Combes, la España de Canalejas, la Italia influida por la masonería, etc.), Torras y Bages fue el gran paladín de la ortodoxia, y, de hecho y en muchos aspectos de derecho, secretario y brazo fuerte del Episcopado español entero.

No en vano Verdaguer (según reza el entrañable memorial suyo en el Parque de Madrid, «primer poeta épico de las lenguas hispanas»), el poeta también de Vich, en su ciclópea «Atlántida» le grita a España:

...«I ans que a ton Déu, oh Espanya, t'arrencaran les serres!!!»  
 («Y antes que a tu Dios, oh España, te arrancarán tus sierras!!!»)

Torras y Bages, Obispo de aquella diócesis, canoniza y doctoriza este arranque del corazón, de la piedad española en toda su actuación. Se ha querido ver en él tan sólo un Obispo amante de la región: no. Era un coloso total, un capitán de Dios, cuyas numerosísimas obras —que el culto lector bien conocerá y que no tenemos espacio ni siquiera para reseñar aquí— son todas ellas la exaltación, en primer lugar, del honor de Dios y de los derechos de la Iglesia. La condenación del naturalismo y del liberalismo, y de toda política sectaria. La proclamación de dos grandes verdades:

«Cataluña será cristiana o no será!!!» Y la historia posterior y la realidad han demostrado su visión.

«España sólo se puede concebir cristiana. Sin Cristo, sin su Religión, España, precisamente como es tan grande, perecerá si le falta su divino aglutinante!!!» Esta frase, que quizá no tengamos espacio para trasladarla, sino resumida (aun cuando creemos que fielmente), también la historia posterior y la realidad la han demostrado.

España es algo demasiado grande para poder existir, si no es cristiana. No. No es un slogan lo de «España católica». Es una necesidad. Es algo así como una identificación. En esto consiste, precisamente, la grandeza de España. Porque España, para su orgullo, ha sido —usando la analogía ignaciana— creada para «alabar, hacer reverencia y servir a Dios nuestro Señor». Su fin, por tanto, es el más alto: porque, al revés quizá de otras naciones, lo tiene en Dios. No en sí misma.

Por su entereza, por «mostrarse Obispo, tal como lo describe el Apóstol, vemos en Monseñor Guerra Campos un reflejo purísimo de nuestro Torras y Bages.

Y la Providencia parece complacerse en señalarnos, con apariencias de «simples coincidencias», como hoy se dice, algunas al parecer accidentales. Y no sólo en la piedad filial a María Madre de Dios, al Sagrado Corazón de Jesús (ambos fidelísimos y consagrados devotos) y a su Reinado, sino, incluso, en la anécdota.

Parece como si esta Providencia quisiera facilitar a ambos el brillar como espejos del Episcopado, destinándolos, lejos, en cierto modo, «del mundanal ruido», a diócesis, a lugares relativamente tranquilos, de ambiente aún levítico. Torras y Bages en Vich. Guerra Campos en Cuenca.

Y así, como en los años 1911 a 1916, el católico catalán se enfervorizaba mirando la diócesis vicense, hoy el español lo hace con la conquense.

Bien sabemos que la Providencia no ahorró cruces ni al uno ni al otro. Corona la vida de Torras y Bages su última suprema enseñanza, desde el propio lecho de muerte: «La Ciència del patir» (La Ciencia de sufrir). No se las ha mitigado a Guerra Campos, objeto acerbo de calumnias y blanco de ataques solapados. Pero, para confusión de sus enemigos, ambos Prelados ilustres figuran al frente de Diócesis numérica y cuantitativamente humildes.

Y esto habrá sido, sin duda, un inmenso consuelo para ambos. En su ciencia, saben bien que nuestra Ciudad de Dios es un convento... y, en todo convento, le es más fácil llegar a ser santo (que, en definitiva, es lo que cuenta) al fraile que ocupa el cargo de portero que el que es colocado a la altura del Abad.

---

En plan de anécdota, también, es bien conocida la que amenizó la entronización papal de Paulo VI.

El Cardenal Montini tenía su vida (no recordamos si su propia formación) muy ligada a una conocida comunidad. Al ser elevado al Pontificado, dícese que recibió una carta de excusas de una religiosa venerable no menos santa que sabia. Quizá, osaríamos decir, más sabia aún que santa.

Tan sabia, que conocía perfectamente lo que era la cruz del Papado. Y rezó insistentemente al Señor, rogándole, sacrificándose, haciéndole violencia para que le evitase esta cruz a Monseñor Montini... Pero le escribía, con magnífica, con santa, con admirable ingenuidad: «...el Señor no me ha hecho caso...!».

Amantes y agradecidos de Monseñor Guerra Campos, contrariamente a lo que quizá pueda haber dicho algún fatuo, nosotros nos atreveríamos a rogar a Dios que, en lo posible, no le dé aún cruces más extensas que las que ya tiene en la, que nosotros llamamos pequeña, diócesis de Cuenca. Y encarecemos a los fieles conquenses —a quienes tanto envidiamos— que rueguen asimismo por la permanencia del buen Pastor que la Providencia les ha deparado. Jamás agradecerán debidamente tan grande favor.

Que rueguen, en santo egoísmo, que les sea conservado. Pero, por nuestra parte —recordamos que Santa Teresa en su gracejo se quejaba al Señor en trances análogos, y por no ser escuchada «le reprochaba que por esto tenía tan pocos amigos...»—, les acompañaremos en sus ruegos, para que Cuenca pueda ser, si es como suponemos, uno como remanso que permita desarrollar su inmensa labor doctrinal al buen Pastor... Si bien, para ser francos, confesaremos nuestro temor: ¡de que el Señor no nos haga caso!

L. C. V.

**«EL COMUNISMO ES INTRÍNSECAMENTE PERVERSO Y NO SE PUEDE ADMITIR QUE COLABOREN CON ÉL EN NINGÚN TERRENO LOS QUE QUIEREN SERVIR A LA CIVILIZACIÓN CRISTIANA.»**

PÍO XI, «DIVINI REDEMPTORIS»

AL MEDIO SIGLO

# 1917, EN LA TEOLOGIA DE LA HISTORIA

## LII

### 1922 Y SIGUIENTES: QUEDA PLANTEADO EN EL MUNDO ESENCIALMENTE ANTITEOCRATICO MODERNO

**Ante la Coronación de nuestra larga serie de artículos. Sólo nos queda, ahora, resumirlos y sacar conclusiones, en los que faltan.**

Aquí llegamos, en alguna manera, casi al fin de esta larga serie de, hasta ahora, 52 artículos.

Sólo nos queda, en verdad, lo que D. m. puede ser —si bien ya no tan larga— *Coronación*, es decir, estudio y conclusión de todo cuanto ya en estos años queda establecido, según «estalló» en 1917.

El Mundo, antiteocrático, salido del mismo, queda irreversible y configurado. Su rebeldía, su impiedad, consagradas —para definirlo en una palabra, de una vez— en el gran *Laicismo*.

En lo sucesivo, este Mundo, al que, repitiendo la trágica nota que transcribíamos en nuestro anterior capítulo, refiriéndonos al Apocalipsis —(«Entre tanto los demás hombres que no perecieron con estas plagas, no se arrepintieron... [9-20])—, ya seguirá su ruta de Impiedad. Seguirá, asimismo, cada vez más dividido. Ante el tan cacareado falso internacionalismo, estallarán, cada vez más feroces, como con odios de clan, patriotismos y chovinismos. Y, en el fondo de lo político-social, tres grandes posiciones se devorarán unas contra otras. La fascista, de extrema derecha; la del centro liberal y democrático, la de la extrema izquierda comunista. Pero todo, *Laico*. Pero todo este infernal oleaje de luchas intestinas, de tempestad perpetua, concurrirá a constituir un espantoso Mundo: el Mundo del pecado, rebelde a su Dios, y juguete de su enemigo, el que lo es de Aquél, y a quien conocemos y sufrimos,

mientras seguidos, viadores, en la prueba, como «Príncipe de este Mundo».

Acabamos, por tanto, en cierto modo, aquí, el trabajo de nuestra laboriosa cadena de 52 artículos. Nos han permitido estudiar a fondo cómo estaba originada y constituida esta Sociedad, triste, que ya podemos ver configurada en 1922 y siguientes.

No seguiremos ya, en adelante, por tanto, nuestro paso a paso cronológico, año por año, como hemos venido haciendo hasta ahora. Hablaremos ya de la Sociedad, vista ya desde y a partir de 1922 y siguientes. Pero necesariamente en su conjunto.

Y, en esta Coronación, analizaremos en nuestros próximos artículos sus principales características: terribles. Los pecados contra el espíritu. Aquellos que en sí repugnan perdón. Y, como todas las manifestaciones, desde la esfera de lo intelectual y científico, de la del arte, de todas las actividades humanas hasta la política, llevan marcado el signo del Pecado, que nosotros, decidida e intencionadamente, resumimos en la palabra *Laicismo*.

En 1922, ya el Mundo anda sobre el camino trazado. Ya todo será, en los años sucesivos, en los demás años «veinte» y luego en los «treinta», y más tarde en los demás (con el estallido terrible de la II Gran Guerra, que fue una espantosísima y apocalíptica consecuencia, mucho más que una causa), hasta llegar a ahora, a los años setenta. Y si Dios no lo remedia, en este próximo mañana, del último cuarto del siglo xx. Todo será una cadena. La cadena del Pecado, pero no por esto menos fatalmente lógica.

**Y en efecto, por ejemplo, Francia y Alemania otra vez.**

1922 ve a Poincaré en Francia y el retorno del viejo «chovinismo» que de nuevo se abate sobre la Alemania vencida, exigiéndole el cumplimiento de los imposibles compromisos de Versalles.

Se celebra la conferencia de Génova a este fin... y de ella sale, paradójicamente (la paradoja queda a la orden del día desde 1917), el tremendo Pacto de Rapallo, de inteligencia entre la culta y renaciente Alemania y la Rusia comunista. Pasmó y admiración del mundo y preludio de tantos vaivenes con que la alternativa amistad y odio entre ambos grandes países había de sacudir al mundo entero.

Entre tanto, en Inglaterra desaparecía Lloyd George (que ya había hecho bastante daño!!). Al parecer, da paso a los conservadores de turno, pero ya es todo un símbolo. La pacífica alternativa, centenaria, whig-tory (que además, políticamente, había sido ejemplo e imitada en tantas naciones), con su turno de partidos, ya se muestra agrietada. Ya aparecía un tercero, el Laborismo, que, pese a toda la flema británica, había de marcar, y más en breve de lo que podía creerse, el fin de la Era victoriana.

Los inicios de 1923 marcan la permanencia definitiva, la no-solución de los problemas europeos, con la famosa ocupación del Ruhr de parte de los franceses. ¡La Guerra de 1914-1918 no había, por tanto, terminado! Que seguía latente entre la Francia victoriosa y recelosa y la Alemania vindicativa (y tras ellas, tras el telón, multitud de pueblos y de llamadas pequeñas Alianzas, aquí y allá) era visible. Se veía —y más tarde había de observarse tantas veces, hasta la saciedad— que la Segunda Gran Guerra Mundial que había de venir no sería sino continuación de la primera, y que el período «entre-dos-guerras» de 1919-1939 no constituyó otra cosa que un fatigoso o azaroso armisticio.

«¡Alemania, levántate!» era el grito de la venganza. Los mismos gobiernos alemanes, llenos de deseos pacíficos, se veían empujados a ella. La figura fuerte de una Alemania pacífica, Stressemann, a duras penas lograba dominar el caos que corona el desastre de la inflación y caída del marco (que imparciales historiadores califican como una catástrofe que originó más sufrimientos que toda la Primera Gran Guerra). Pero Poincaré no ayudó la buena voluntad energética de Stressemann, y éste caía en 23 de noviembre de 1923.

**Y en efecto. Nuevos oleajes. Reacción. La aparición del Fascismo.**

El malestar general provoca una revolución, toda ella caótica y llena de contradicciones, incluso con manifestaciones separatistas, cosa maravillosa en Alemania.

Y en ella, por vez primera, inspirándose en el contemporáneo éxito que iba alcanzando el Fascismo en Italia, aparece aquel otro Movimiento, el germano, que había de ser, para la Humanidad entera, algo así como aquel monte de fuego y de llamas que el Apocalipsis ve abatirse sobre ella. El Nacionalsocialismo.

En pleno caos de luchas civiles y contradictorias, un joven partido, desconocido aún en el Mundo, con cuartel general en Munich (precisamente convergiendo cronológicamente y extrañamente complicado con las citadas luchas separatistas bávaras), hace su aparición. Mejor dicho, estalla. Fundado casi inmediatamente después de la Guerra, el «Arbeiter Partei», en el que un cabo austríaco (procedente del ejército alemán y herido en campaña), llamado Adolfo Hitler, había de ingresar con el número 7 para acaudillarlo prontamente. Y establece una «mística» nacional.

Prematura, pero significativamente, en plena lucha callejera, el 8 de noviembre de 1923, Hitler proclama la revolución nacionalsocialista en la famosa cervecería de Munich, la «Bürgerbrau». Está entendido con él el general Von Kahr, y, con todo su viejo prestigio, Ludendorff, el antiguo Jefe de Estado Mayor del tantas veces victorioso ejército alemán. Y el 9 de noviembre tiene lugar el «Putsch». De momento fracasa. Las tropas regulares alemanas reorganizadas —como hemos estudiado en anteriores artículos— por el nuevo Scharnhorst de la Alemania vencida, Von Seeckt, establecen un orden constitucional, cuya buena voluntad, en su ceguera «chauvinista», ni Poincaré ni Francia aprecian. Y Hitler fue encarcelado, por años, aumentando su prestigio en la famosa cárcel donde escribiera su «Mein Kampf».

Pero este fracaso, dando a Alemania unos años de paz ficticia, y a Francia de respiro y aparente hegemonía y tranquilidad, no era sino semilla de cuanto había de venir luego, y aquellos alborotados, guiados por el general Ludendorff y el cabo Hitler, habían de derivar, pocos años más tarde, hacia constituir aquel apocalíptico monte en llamas que había de conmover el Mundo.

## Y en efecto. Las nuevas olas fascistas y nazis que habían de conmovir la Sociedad.

Le había servido de modelo y pauta el fascismo italiano.

Como hemos remarcado en otras ocasiones, al igual que ocurrió en el siglo XX con las revoluciones y unidad italianas y alemanas, la débil Italia serviría de ensayo y pauta para lo que, con energía espantosa, centuplicada, se reproduciría luego en la temible Alemania. Cavour había sido el maestro de Bismarck. La unidad italiana, modelo de la alemana. Ahora Mussolini, con todas sus debilidades, inspiraría a Hitler, en todo su poder, para lanzar el cataclismo sobre el Mundo.

Italia había salido de la I Gran Guerra insatisfecha, ya que, pese a su mezquina victoria, quedaba moralmente derrotada. Grandes problemas económico-sociales habían contribuido a un malestar extraordinario, a una anarquía creciente.

El «viejo zorro» Giolitti, personificando la también vieja democracia liberal, y el «ir tirando», ya no pudo dominar tales problemas, que los cómico-líricos acontecimientos de D'Annunzio en Fiume personificaban y... ridiculizaban. Y ya no pudo evitar que el Fascismo creciera. Desaparece aquel político, en julio de 1921, y con él fenece ya el liberalismo clásico.

Se multiplica la anarquía. Los obreros ocupan las fábricas, sin saber exactamente porqué.

El antiguo socialista Mussolini y sus «fascios» han derivado su primera mentalidad hacia nuevos cauces, con indiscutible originalidad. Y que, marcada por rasgo genial, había de inspirar, más allá de las fronteras —como hemos observado— el tremendo y casi cómico fenómeno del Nacional-socialismo.

Ahora dirige sus invectivas contra sus antiguos compañeros y, como es natural, contra liberales y demócratas, parlamentarios y burócratas que han anulado la «victoria» de Vittorio-Véneto. Y, progresivamente, derivando desde lo que llamábamos extrema izquierda a la extrema derecha, lanza el grito contra el bolchevismo, la anarquía obrera, la descomposición social y el peligro de la tiranía marxista.

El apoyo de todas las clases, incluso la de la pequeña burguesía sufrida y, huelga decir, del Ejército, le lleva hacia una revolución de derecha, pero efectuada con el aparato que hasta entonces había caracterizado a las revoluciones de izquier-

da, y acabando con el régimen democrático que había gobernado a Italia desde su unificación.

Semivictoriosos aquellos ya en las elecciones de 1921, en 1922 se suceden gobiernos débiles, anodinos, desorientados y contradictorios, personificados por los Nitti y los Facta. Esto les permite progresar.

En agosto de 1922 ya tienen lugar, francamente, luchas y motines callejeros, y vemos a las «camisas negras» movilizadas. Y las cosas llegan a tal punto, que en 24 de octubre, con 40.000 partidarios revistados en Nápoles, Mussolini manda su «ultimatum» a Facta. Los días 27 y 28 son críticos, y el día 29 el rey Víctor Manuel debe inclinarse y llama a Mussolini al poder.

Éste, por el momento, proclama que su revolución «para establecer el orden» no va más allá y no destruye las Instituciones: mantiene la Monarquía y, aún, las desprestigiadas Cámaras, y, en principio, su primer gobierno no es más de lo que hoy llamaríamos de «concentración nacional». Mas, lógicamente, evoluciona luego hacia lo que más tarde habíamos de conocer como régimen fascista.

Dos años más tarde, y progresivamente, va desapareciendo la oposición que, inútilmente, había de intentar «refugiarse» en el Aventino. El Fascismo estaba consagrado.

## Un mundo ya configurado

Con él se acaba de configurar el Mundo en 1922 y 1923.

Y viene entonces una época relativamente, extrañamente tranquila, tanto que se dio en llamarla, bien equívocamente, «años de esperanza». O, mejor, «años vacíos». 1914-1929. O sea hasta la gran crisis económica de 1929, que había de determinar que había concluido aquella calma que nos atreveríamos a glosar como la de aquella «de media hora» que vemos en los pasajes de la Escritura profética.

Es la Europa, es el Mundo, definitivamente configurado a imagen y semejanza de su amo, de su peor enemigo: el «Príncipe de este Mundo», que es, asimismo, el Príncipe de las Tinieblas.

Huyendo ya de la Historia cronológica escalonada que ha constituido nuestra labor de 52 artículos, procuraremos, en los pocos próximos que nos quedan, D. m., hacer una conclusión, mejor una *Coronación*, que sea fruto de aquéllos. Será la



*intención* que hemos perseguido desde el primer momento, y que ahora viene autorizada por nuestro largo trabajo.

Hemos visto cómo y por qué se ha configurado este Mundo, viendo lo que observábamos, antes y después, en 1917.

### Coronación de nuestros largos 52 artículos

Con este bagaje, comprenderemos mejor, en esta Coronación de nuestra labor, las esencias, definitivamente anticristianas, rebeldes, *Laicas*, en una palabra, del Mundo producido en 1917, y *que* es el actual.

Comprenderemos perfectamente —y rápidamente ya, pues tenemos ya toda la preparación y medios— todas sus miserias intelectuales, artísticas, científicas, políticas, todos los órdenes humanos, en una palabra.

Ésta es la Conclusión, la Coronación que merece la hospitalidad que en sus páginas nos ha dado CRISTIANDAD, que nunca olvida que, dentro de su modestia, es la Revista vindicadora de los Derechos de Cristo Rey que, en ámbitos mayores y más extensos —por desgracia, sin poder alcanzarlos, por falta de medios y difusión materiales— soñó en realizar en publicación proyectada y no realizada aquel gran Apóstol, el Padre Enrique Ramière, y cuya herencia nos transmitió nuestro Fundador, nuestro Padre Ramón M. Orlandis.

**¡Porque es ahora cuando aparece, en el horizonte de la Iglesia, el inmortal Pío XI!**

¡Por qué este año de 1922, hoy tan olvidado, es grande! La Providencia lo tenía dispuesto así.

En 6 de febrero de dicho año, del Cónclave reunido tras el fallecimiento del Papa Benedicto XV, salía nuevo Pontífice, el que —según feliz frase de nuestro Padre Cayuela— había de ser «grande entre los grandes Jefes de la Iglesia»: Aquiles Ratti, Pío XI.

La Providencia, ante la apostasía del Mundo, iba a lanzar con aquél ríos y torrentes de gracias que debían «alegrar la Ciudad de Dios».

Porque, ante este Mundo en manos del Enemigo, este Mundo, en una palabra, desacralizado, *lancizado*, ante este Mundo, desafiándolo, gallardo, valiente, el nuevo Papa Pío XI había de enfrentarse, planteando, como bandera triunfante, en divino desafío, la de nuestro Capitán, la de CRISTO REY.

Contra la grande abundancia del mal, aparecía la superabundancia del Bien. «Entonces se abrió el templo de Dios en el cielo y fue vista el Arca de su Testamento en su templo» (Apoc. 11-19).

Contra todas las subversiones, contra el Reinado de Satanás, el inmortal Pontífice levanta su estandarte. Y con él nace la Idea-Fuerza que es, asimismo, nuestro ideal y nuestra fuerza: Cristo Rey.

Bajo esta visión «sub speciae aeternitatis», nuestros próximos y postreros artículos estudiarán esto que acabamos de ver: cómo ha degenerado un Mundo perdido. Perdido, sin duda, humanamente hablando, desde 1917.

Pero que ha de ser salvado por esto, por esta síntesis de cuanto amamos y de cuanto, en definitiva, es nuestra vida, y de lo único por lo que merece el ser vivida: la idea-fuerza de Cristo Rey.

LUIS CREUS VIDAL



«Hoy se presenta a nuestros ojos una señal muy favorable y divina: el Corazón Sacratísimo de Jesús, con la cruz sobrepuesta, brillando entre llamas con vivísimo resplandor, a Él hay que pedir y de Él hay que esperar la salvación de los hombres.»

León XIII, *Annum Sacrum*.

# LA PERENNE ACTUALIDAD DEL SACRAMENTO DE LA PENITENCIA

FRAY ANTONIO DE LUGO. O.S.H.

## 1.º Algo de historia.

A pesar del ambiente de confusión doctrinal, que se advierte dentro de la Iglesia, es admirable la reacción de gran parte del pueblo sencillo y fiel, en defensa de las verdades de la fe o de los principios morales, en que han sido formados, y que es claro argumento de la misteriosa actuación del Espíritu Santo, que sostiene y robustece la fe de la Iglesia; la purifica, muchas veces por medio del dolor, y la defiende contra quienes pretenden su destrucción. Algo así ocurre con el Sacramento de la Penitencia, que está siendo objeto de ataques más o menos solapados, no obstante el magnífico y reciente «Ordo Paenitentiae», promulgado por S. S. el Papa Pablo VI. No es raro leer o escuchar predicaciones sobre el pecado, y como consecuencia, sobre la necesidad de la confesión sacramental, que nos dejan perplejos, ya que no es fácil armonizar tales enseñanzas con la doctrina de la Iglesia Católica. Tampoco es infrecuente que se hable de la confesión sacramental en términos que no se avienen con la práctica multi-secular de la Iglesia, ni con la doctrina claramente expuesta y matizada por el Concilio de Trento, basada en la Sagrada Escritura y en la Tradición Apostólica.

Que la Iglesia haya recibido de Jesucristo el poder de perdonar y retener los pecados, no hay duda alguna, como se ve claramente en las palabras del Señor: «Te daré las llaves del reino de los cielos, y cuanto atares sobre la tierra, quedará atado en los cielos, y cuanto desatares sobre la tierra, quedará desatado en los cielos» (Mt. 16-19). Este poder dado a Pedro lo confiere también el Señor, con las mismas palabras, a los demás Apóstoles, como consta en el mismo Evangelio de San Mateo, 18-18. Las palabras con que Jesús instituye el Sacramento del perdón, el mismo día de la Resurrección, las refiere San Juan: «Paz sea con vosotros. Y en diciendo esto, les mostró las manos y el costado. Se gozaron, pues, los discípulos al ver al Señor. Díjoles, pues, otra vez: Paz sea con vosotros. Como me ha enviado el Padre, también yo os envío a vosotros. Esto dicho sopló sobre ellos y les dice: Recibid el Espíritu Santo. A quienes perdonareis los pecados, perdonados les son; a quienes los retuviereis, retenidos quedan» (Jn. 20-20, 23). La Iglesia, desde el principio, ha entendido los poderes que recibía y los ha ejercido, si bien la manera

de ejercer tal potestad y su prudente aplicación concreta ha sufrido variaciones en el correr de los siglos.

Muy pronto fue abandonado el rigorismo de la edad primera y se hizo posible recibir la reconciliación en repetidas ocasiones. A medida que ésta se extendió, no sólo a pecados escandalosos y muy graves, sino a otros que sin ser tan públicos y escandalosos eran graves, incluso desprovistos de publicidad, crece la necesidad de la confesión secreta, que, sin tardar, se extendería a otros pecados, que San Agustín califica «pecados cotidianos». El Concilio tridentino, claramente afirma, refiriéndose a las palabras de la institución: «Por este hecho tan insigne y por tan claras palabras, el común sentir de los Padres entendió siempre que fue comunicada a los Apóstoles y a sus legítimos sucesores la potestad de perdonar y retener los pecados, y así remediar a los caídos después del Bautismo» (Sesión XIV, cap. 1). La práctica de la confesión secreta era conocida ya en los primeros siglos, como se puede probar con documentos de los Santos Padres, sin que sea lícito afirmar, como algunos hacen ligeramente, que tal manera de confesar fue introducida por la Iglesia en la Edad Media.

El Concilio tridentino, que con Magisterio solemne e infalible trató la doctrina de los Siete Sacramentos en general, y de cada uno en particular, ha precisado con claridad cuanto se refiere al Sacramento de la Penitencia; doctrina que la Iglesia, a través del Magisterio ordinario y de su práctica sacramentaria, viene confirmando más y más, como podemos apreciar en el siguiente texto del Vaticano II: «Quienes se acercan al Sacramento de la Penitencia obtienen de la misericordia de Dios el perdón de la ofensa hecha a Él, y al mismo tiempo se reconcilian con la Iglesia, a la que hirieron pecando, y que colabora a su conversión con la caridad, con el ejemplo y las oraciones» (Lumen gentium, cap. 1-11). El Papa Pablo VI, en repetidas ocasiones viene insistiendo sobre el Sacramento de la Penitencia, como medio aptísimo de renovación interior, como fuente de nueva vida.

Ciertamente que la Iglesia no puede modificar los dogmas revelados; es Depositaria de la Verdad y, además, a través de ministros idóneos, administra los Sacramentos que el Señor instituyó, sin que pueda variarlos de como Él los dejó establecidos. La asistencia del Espíritu Santo, que no puede faltarle,

hace que sea indefectible en la custodia del *Sacrum Depositum fidei*, y que, al interpretar y proponer a los fieles la doctrina contenida en el mismo, no pueda errar. En el Sacramento de la Penitencia hay elementos dogmáticos que no pueden ser variados, y otros elementos disciplinares susceptibles de cambios.

## 2.º Trento y el nuevo «Ordo Paenitentiae».

El Citado «Ordo Paenitentiae», recientemente promulgado por el Papa, mantiene íntegro cuanto de derecho divino se contiene en el Sacramento de la Reconciliación, y que ha sido definido con Magisterio infalible por el tridentino, el cual, en su Sesión XIV, del 25 de noviembre de 1551, expone la doctrina sobre el Sacramento de la Penitencia, cuyos textos omitimos por no alargar demasiado este trabajo. Además, en quince cánones, con la concisión y claridad requerida, el Concilio ha dejado bien atado cuanto con el mencionado Sacramento se relaciona; a continuación copiamos algunos, los que más interesan a nuestro propósito:

Can. 1: «Si alguno dijere que la Penitencia en la Iglesia Católica no es verdadera y propiamente sacramento, instituido por Cristo Señor nuestro para reconciliar con Dios mismo a los fieles, cuantas veces caen en pecado, después del bautismo, sea anatema.»

Can. 2: «Si alguno, confundiendo los sacramentos, dijere que el mismo bautismo es el sacramento de la penitencia, como si estos dos sacramentos no fueran distintos y que por ende no se llama rectamente la penitencia, “segunda tabla después del naufragio”, sea anatema.» — Can. 3: «Si alguno dijere que las palabras del Señor Salvador nuestro: “Recibid el Espíritu Santo, a quien perdonareis los pecados, les son perdonados; y a quienes se los retuviereis, les son retenidos”, no han de entenderse del poder de remitir y retener los pecados en el Sacramento de la penitencia, como la Iglesia Católica lo entendió siempre desde el principio, sino que las torciere contra la institución de este Sacramento a la autoridad de predicar el Evangelio, sea anatema.» Can. 4: «Si alguno negare que para la entera y perfecta remisión de los pecados se requieren tres actos en el penitente, a manera de materia del sacramento de la penitencia, a saber: contrición, confesión y satisfacción, que se llaman las tres partes de la penitencia; o dijere que sólo hay dos partes de la penitencia, a saber, los terrores que agitan la conciencia, conocido el pecado, y la fe concebida del Evangelio o de la absolución, por la que uno cree que sus pecados le son perdonados por causa de Cristo, sea anatema.» — Can. 6: «Si alguno dijere que la confesión sacramental o no fue instituida o no es necesaria para la salvación, por derecho divino; o dijere que el modo de confesarse secretamente con sólo el sacerdote, que la Iglesia Católica observó siempre desde el prin-

cipio y sigue observando, es ajeno a la institución y mandato de Cristo, y una invención humana, sea anatema.» — Can. 7: «Si alguno dijere que para la remisión de los pecados en el sacramento de la penitencia no es necesario de derecho divino, confesar todos y cada uno de los pecados mortales de que con debida y diligente premeditación se tenga memoria, aun los ocultos y los que son contra los dos últimos mandamientos del decálogo, y las circunstancias que cambian la especie del pecado; sino que esa confesión sólo es útil para instruir y consolar al penitente, y antiguamente sólo se observó para imponer la satisfacción canónica; o dijere que aquellos que se esfuerzan en confesar todos sus pecados nada quieren dejar a la divina misericordia para ser perdonado; o, en fin, que no es lícito confesar los pecados veniales, sea anatema.» — Can. 9: «Si alguno dijere que la absolución sacramental del sacerdote no es acto judicial, sino mero ministerio de pronunciar y declarar que los pecados están perdonados al que se confiesa, con la sola condición de que crea que está absuelto, aunque no esté escrito... sea anatema.» — Can. 10: «Si alguno dijere que los sacerdotes que están en pecado mortal no tienen potestad de atar y desatar; o que no sólo los sacerdotes son ministros de la absolución, sino que a todos los fieles de Cristo fue dicho: Cuanto atareis..., etc., en virtud de cuyas palabras puede cualquiera absolver los pecados, los públicos por la corrección solamente, caso de que el corregido diese su aquiescencia y los secretos por espontánea confesión, sea anatema.»

## 3.º ¿Cambio de fondo?

¿En qué se fundan, pues, quienes hablan de cambios casi radicales en el nuevo Ordo? La confesión secreta o auricular no la puede abolir la Iglesia, como se ve por el Can. 6; ni la obligación de declarar los pecados, según número y especie y las circunstancias que mudan la especie, como dispone el Can. 7. Las disposiciones de contrición, propósito, satisfacción, etcétera, están claramente expuestas en el Can. 4, y la potestad sacerdotal de absolver está nítidamente declarada en toda la doctrina conciliar, pero especialmente en los Cánones 3 y 10. Las orientaciones que da el «Ordo» para la recepción del penitente y la despedida, así como para la aceptación de la penitencia por parte del que se confiesa, no autoriza a hablar de cambios de fondo; con razón se desorientan los fieles, que, pese a lo poco grato que resulta a la naturaleza la confesión sacramental, no quieren verse privados del remedio que para nuestros males ha establecido el Señor, y que por experiencia, vemos los muchos bienes que reporta al bien sobrenatural de las personas. La actuación del confesor será siempre de Ministro de Cristo; de Dios recibe la potestad de perdonar, y durante el acto de la confesión es juez, médico y maestro, y sería un desorden que

concediera tal importancia y tiempo a la recepción del penitente o a su despedida con lecturas demasiado extensas, que apenas le quede tiempo para desempeñar los oficios que quedan dichos; el penitente acude con fe y humildad a confesar sus pecados, y no siempre va con la paz deseable, ni con la claridad de conciencia suficiente; es menester ayudarle; debe acusarse de sus pecados, tal como los conoce en su conciencia, pero no siempre la conciencia está bien formada, ni ella es el árbitro supremo de la moralidad de nuestros actos; el confesor hará bien ayudándole a formar su conciencia de acuerdo con la norma moral objetiva. ¿Qué decir de la labor pastoral que como médico del alma puede y debe hacer? Labor callada, fecunda a tono con la dignidad personal del penitente, que reclama atención personal a sus propios problemas, y que exigen del confesor prudencia, ciencia conveniente, paciencia y, sobre todo, caridad, mucha caridad sobrenatural, para despedir con paz a quienes se han acercado, tal vez con el alma atormentada. Otras veces, es la oportunidad de animar a la perfección a almas generosas, que encuentran dificultades inherentes a la lucha ascética, al combate interno, propio de quienes bien pelean; puede el confesor ejercer una influencia saludable y a veces decisiva; en todos casos, con mucho respeto a la acción de la gracia, que actúa misteriosamente en el alma, sin que ella lo conozca; un consejo acertado, una orientación oportuna en un momento dado, ayudan eficazmente a las almas a caminar con firmeza hacia las cumbres. Estos bienes la Iglesia no ha querido impedirlos, todo lo contrario. Procuremos los sacerdotes que este documento nos ayude a ejercer con más provecho este divino ministerio, a fin de que los fieles que acuden al confesonario comprendan todo el sentido sobrenatural y humano del Sacramento.

#### 4.º Sentido social del pecado y dimensión eclesial del Sacramento.

De todos es conocida la definición de la Confesión como Sacramento de la nueva Ley, instituido por Jesucristo para el perdón de los pecados; por ello restaura en nosotros la vida sobrenatural perdida por el pecado mortal. Como Sacramento es signo sensible, pero su realidad trasciende lo puramente humano y sensible; confiere la gracia que significa. Es uno de los medios que Cristo dejó en su Iglesia para el acrecentamiento de la vida divina en las almas. El pecador absuelto de sus pecados queda reconciliado con Dios; su comunión vital a la vida trinitaria queda restablecida, y por lo mismo queda también reconciliado con la Iglesia, ya que nuestros propios pecados de alguna manera dañan también al Cuerpo Místico del que somos miembros por el Bautismo. Ya el Papa Pío XII, en su Encíclica «*Mystici Corporis Christi*», destaca esta proyección social del pecado, y por tanto la Confesión sacramental, al

reconciliarse con Dios, a Quien pecando ofendemos, nos reconcilia también con la Iglesia. El hecho de que el nuevo «Ordo» hable de la reconciliación de varios penitentes con confesión y absolución personal, dentro de un acto comunitario, e incluso de la confesión y absolución de varios penitentes, no quiere decir que haya variado esencialmente la confesión en lo que tiene de institución divina. El modo normal y ordinario de confesar es, sin duda, la confesión secreta, individual, que no pierde por eso su dimensión eclesial; la atención personal según el modo tradicional de confesar está muy a tono con las exigencias psicológicas y morales de la persona.

El acto comunitario penitencial de que habla el documento deja intangible cuanto se refiere a la confesión y absolución, con los respectivos actos del penitente y confesor. Las lecturas bíblicas, oraciones, cantos, con que se inicia, dispone para hacer mejor la confesión; la subsiguiente acción de gracias nos ayuda a tener conciencia más clara del bien recibido. Con algunas diferencias, y sin tener el rango de acción litúrgica, algo parecido se hacía sobre todo en colegios u otras comunidades de fieles, que se disponían comunitariamente, incluso, para hacer mejor el examen de la conciencia, etc. Esta manera de confesar, muy a propósito en determinadas circunstancias, es quizá menos indicada cuando se trata de personas bien formadas y que además frecuentan el Sacramento de la Penitencia; no por eso quienes se confiesan con regularidad se sienten menos vinculados al pueblo de Dios; los sacramentos no son actos de piedad privada puramente personal, sino que han sido establecidos por Cristo para bien de los hombres; la confesión privada no margina al penitente respecto a la comunidad eclesial, ya que no hay sino una misma fe, unos mismos sacramentos, como no hay sino un solo Señor; la comunión en la misma fe y en los mismos sacramentos es la que nos une a nuestros hermanos. El acto penitencial comunitario no es obligatorio, ni absolutamente necesario, para destacar el sentido social de nuestra reconciliación. Puede ser muy oportuna su celebración, de acuerdo con la norma de la Iglesia, con motivo de Ejercicios, Misiones populares, etc.

No se puede decir que el «Ordo Paenitentiae» haya desplazado la confesión según se venía practicando; no es nueva en la Iglesia la práctica de dar la absolución general sin previa acusación de los pecados, incluso graves. El mismo documento enseña que «la confesión íntegra e individual y la absolución también personal permanecen como único modo ordinario, mediante el cual los fieles se reconcilian con Dios y con la Iglesia». Sólo en especiales circunstancias es lícito absolver en general, quedando en pie, como hasta ahora, la obligación de confesar individualmente los pecados de los que han sido absueltos con absolución general. Claramente aparece la caridad de la Iglesia, que ante la imposibilidad de la

acusación personal de cada uno de los penitentes y con peligro de verse privados por mucho tiempo del remedio sacramental, o porque haya algún peligro inminente, autoriza esta manera de absolver; es un modo de aplicar aquello de «sacramenta propter homines». El Obispo juzgará, cuando se dan esas circunstancias, para que sea lícita y válida la absolución general. No sería conforme al sentir de la Iglesia prodigar de tal manera esta manera de absolver si con ella prácticamente se anulara el precepto divino de la acusación de todos y cada uno de los pecados.

### 5.º Fuente de vida.

¿Qué ha variado, pues, en la Confesión? En lo esencial, nada, como queda dicho, y en lo ritual, menos de lo que algunos esperaban. La fórmula absolutoria es la misma; sólo ha sido aligerada de algunas oraciones. Dentro de un formulario más breve y expresivo, las palabras con que el sacerdote absuelve al penitente de sus pecados son las mismas. Los actos del penitente son los mismos que ha señalado el Concilio tridentino. El lugar y la sede de las confesiones permanece lo establecido por el derecho. No es necesaria imposición de manos sobre la cabeza del penitente; basta, según el «Ordo», extender la diestra, como se acostumbra. La manera de recibir y despedir al penitente, empleando algún texto de la Escritura Santa u otras expresiones religiosas aptas para el caso, quedan al juicio prudente del confesor. Invita ciertamente el nuevo documento sobre la confesión a profundizar en las riquezas de este sacramento, en orden a un mayor provecho en la vida espiritual. Ciertamente que el cambio habría sido enorme si se da paso a una definición de pecado, que es inadmisibles; en tal caso, la confesión estaría de más; bastaría simplemente un acto externo de reconciliación fraterna. Pero, si admitimos, como se debe, que el pecado es ante todo ofensa de Dios; apartamiento de Dios; violación de su santa Ley; si el pecado es el auténtico «mysterium iniquitatis», entonces se comprende mejor el misterio redentor de la muerte de Cristo en la Cruz y se agradece más al Señor este bendito sacramento de reconciliación con Él, y por tanto, con los demás. Tampoco tendría razón de ser el sacramento, tal como se practica en la Iglesia, si, perdida la conciencia de pecado, el hombre no se considera pecador, necesitado de perdón.

El Sacramento de la Penitencia no es una especie de psicoterapia y mucho menos un instrumento de tortura de las conciencias. Pertenece al orden de lo sobrenatural, y está ordenado no a curar las enfermedades psíquicas de los pacientes que se acercan al confesonario, sino a liberar al hombre del peso y la angustia de sus propios pecados, restituyéndole la verdadera paz, es decir, aquella paz que, en palabras del Señor, «el mundo no puede dar». La confesión

sacramental cura las enfermedades morales del alma y a la vez contribuye eficazmente al equilibrio psíquico del sujeto que la frecuente, debido a la íntima unión que existe entre el alma y el cuerpo. El penitente que con las debidas disposiciones recibe la absolución, recupera con la Gracia, la Caridad teológica, que le hace verdaderamente libre, con la libertad de los hijos de Dios. Las fobias a esta expresión del amor salvífico de Dios sólo se explican contemplando la Iglesia de Cristo, como objetivo del furor del infierno, que parece haberse lanzado en lucha abierta desde dentro y desde fuera contra la Esposa de Cristo, ya que no es sólo este medio de renovación interior, sino todos los demás sacramentos; la oración personal, hasta la misma liturgia, de cuyo contenido religioso y sobrenatural el vendaval desacralizador que azota a la Iglesia quiere prescindir. Tenemos la garantía de la palabra de Dios, que por boca de su Hijo, Sabiduría Eterna, nos aseguró que: «las puertas del infierno no podrán contra Ella» (Mt. 16-18).

### 6.º Confesión frecuente.

La Iglesia sigue queriendo la práctica de la confesión frecuente. Oigamos lo que hace algunos años decía el Papa Pío XII: «Ya que ciertas opiniones que algunos propagan sobre la frecuente confesión de los pecados son enteramente ajenas al Espíritu de Jesucristo y de su inmaculada Esposa, y realmente funestas para la vida espiritual, recordemos aquí lo que sobre ella escribimos, con gran dolor, en nuestra Encíclica "Mystici Corporis Christi".» De la Encíclica citada por el Papa, fijémonos en el siguiente párrafo: «Las falsas opiniones de los que aseguran que no hay que hacer tanto caso de la confesión frecuente de los pecados veniales, cuando tenemos aquella más aventajada confesión general que la Esposa de Cristo hace cada día con sus hijos unidos a Ella en el Señor, por medio de los sacerdotes, cuando están para ascender al altar de Dios» (Enc. «Mystici Corporis Christi».) Otros muchos documentos se podrían aducir en abono de la práctica de la confesión frecuente, o de devoción; basta el siguiente párrafo, tomado del nuevo «Ordo Paenitentiae»: «A quienes caen en pecados veniales, experimentando cotidianamente su debilidad, la repetida celebración de la penitencia les restaura las fuerzas para que puedan alcanzar la plena libertad de los hijos de Dios.» Lo que resulta reprochable es el abuso del sacramento; el acudir a él rutinariamente, sin preparación conveniente; para ello ayudará la reflexión reposada de este reciente documento de la Iglesia, que confirmando la doctrina tradicional sobre el Sacramento de la Penitencia, ofrece a nuestra consideración otros matices, que tal vez teníamos algo descuidados, y que, sin duda alguna, puede y deben contribuir a que este Sacramento ocupe un lugar destacado en la vida del pueblo de Dios y de cada uno de los fieles.



## El porvenir de Portugal en nuestras manos

El 25 de abril de 1974 fue el locutor de la radio católica de Lisboa que difundió la canción (*Grandola vila morena*) que constituía la señal del «Putsch». En el mes de julio, este sitio, la Radio Renacimiento era confiscada por los comunistas. Al sembrar el viento, cosecharon la tempestad.

\* \* \*

Es un punto a meditar. Esto no nos lo han dicho. Este «putsch» fue ilegal. Las debilidades del gobierno precedente constituían una *«traición grave y habitual al bien común»* que únicamente puede proporcionar un fundamento moral a tal golpe de estado. Lo que pasó el 25 de abril de 1974 fue, pues, intrínsecamente inmoral. A fortiori, fue una operación directamente opuesta al espíritu del Evangelio. Desde entonces los portugueses están en estado de legítima defensa.

Se ha intentado hacerlo olvidar insinuando sin cesar que la «dictadura» de Salazar fue un mal absoluto y que el «socialismo» que inspiraba a los putschistas era un bien evidente. El miedo de ir contracorriente de esta tiranía de las modas intelectuales es mala consejera. Los católicos liberales que han jugado a aprendices de brujo empiezan a comprender que en política no se han de tomar los deseos por realidades.

\* \* \*

Otro punto a meditar; los comunistas no han encontrado, a través de sus engaños y sus «bluff», ninguna fuerza política real ante ellos. Han puesto en entredicho a la democracia cristiana, y se ha volatizado. Se han burlado del éxito electoral de los socialistas; éstos se han contentado haciendo un llamamiento a la conciencia universal después de haber entregado Mozambique y Angola a la miseria y al caos.

La sola fuerza que los comunistas encuentran ante ellos en Portugal es espiritual y moral. Es la fuerza de la fe católica. Estos no son los liberales de la clase dirigente, más o menos cómplices de Spinola,

los que actualmente intentan salvar a Portugal (y al Occidente) de la irreversible tiranía de Moscú. Son los labriegos católicos, son gentes del pueblo sin cálculo ni ambición.

Estos son los que, hasta medio millón, se dirigen regularmente rezando el rosario a Cova d'Iria.

\* \* \*

Esto me recuerda las palabras del P. Werenfried junto a la sepultura del Cardenal Midszenty: *«No creáis que la solución sería la destrucción de Moscú por una bomba atómica americana. Esto sería asesinar una población: esto Dios no puede bendecirlo. Rusia se debe convertir. Esto será obra de la Gracia, y esta Gracia se nos concederá si nosotros nos convertimos y nosotros oramos...»*

¡Lo mismo en Portugal! A despecho de una extravagante campaña de calumnias, es esencialmente cierto que los portugueses afirman su fe, rechazan la tiranía, su presencia física en los lugares que difunden que los católicos del norte, y ahora los del centro de Portugal, están en trance de salvar la libertad de fe católica en su patria.

Están, no se repetirá jamás bastante, en estado de legítima defensa. El Episcopado de Portugal, elevando la voz por boca de su Primado, no hace sino proseguir la misión de derecho divino que es la suya: Conducir sin cesar los corderos al aprisco de Jesucristo sin dejarlos seducir, engañar, y, si se puede, sin dejarlos encadenar por debilidad de carácter.

\* \* \*

El discurso dirigido el domingo 10 de agosto, desde el atrio de su catedral, a más de veinticinco mil de sus diocesanos, por Monseñor Francisco de Silva es a este respecto un modelo. Es preciso pensar sus palabras:

«Estamos aquí porque no queremos continuar permitiendo que otros hablen y obren en nuestro nombre.

»Estamos aquí para mostrar públicamente y sin equívocos lo que deseamos y lo que rechazamos.

»Rechazamos que se prosiga una situación llevada hasta el paroxismo, en que el pueblo, para hacer respetar su voluntad libremente expresada, se verá obligado a recurrir a la violencia y a enrolarse en la guerra civil.

»Rechazamos ser tachados de infantilismo, de ingenuidad, de imbecilidad y de ignorancia.

»Rechazamos un sistema en el cual la Iglesia no es libre de enseñar su doctrina.

»Rechazamos la atmósfera de inmoralidad pública y la corrupción de costumbres, la introducción de la droga, la permanente degradación de los valores morales.

»Rechazamos una nefasta lucha de una parte de unos ciudadanos contra los otros denominada lucha de clases.

»Rechazamos la explotación del hombre por el hombre, pero más todavía la explotación del hombre por el Estado totalitario hacia el cual nos quiere conducir un grupo minoritario a las órdenes del extranjero.

»Rechazamos una sociedad en la que los medios de información son manipulados por el Estado o un partido y se convierten en medios de lavado de cerebro de los ciudadanos, falsificando la verdad, incitando el esgano, la delación y la calumnia.

»Rechazamos que nuestra Iglesia sea aprisionada en la sacristía. Si estamos aquí es que, en razón de tantas iniquidades, hemos probado de asumir colectivamente nuestras responsabilidades.»

La población católica es en Portugal ampliamente mayoritaria. Es hoy día una fuerza en la medida que, fiel desde largo tiempo a la oración familiar, o habiéndola reemprendido de nuevo desde hace algunos meses ante los horrores de la amenaza totalitaria, permanece bajo la inspiración de Dios mismo que en unión con sus obispos se expone a la muerte para impedir la dictadura.

\* \* \*

Dos cosas aparecen claramente en estos primeros días de septiembre:

a) Los portugueses rezan como nunca han rezado. A través de la prueba que les asfixia, han encontrado de nuevo su fervor primero en la llamada de Nuestra Señora de Fátima. En aquellos en que la fe era incierta se reafirman en ella. Los que se dejaban llevar por la tibieza vuelven a una vida de oración cotidiana. Los que habían permanecido fieles se convierten en apóstoles. Todos sin excepción sienten que es la misma existencia de la Iglesia de Portugal, su libertad de expresión y de culto, de enseñanza y de expansión están en juego. Todos ahora saben que la oración es poderosa por la acción misteriosa de Dios, que respeta las libertades de los hombres, pero que al mismo tiempo escucha las oraciones de los santos, quier o decir de los cristianos fervorosos.

b) Los revolucionarios, los enemigos de la Iglesia, están en tal discordia que no llegan a poder establecer su tiranía. No es la fuerza política que representan los católicos lo que hasta ahora ha impedido que su dictadura se establezca de modo irreversible. Es la fuerza espiritual de su oración que ha obtenido de Dios que las pasiones y las rivalidades internas priven a los revolucionarios entenderse para aplastar al pueblo bajo su bota. Pues sucede que Dios, al abandonar a los hombres a sus pasiones, lanza la discordia entre aquellos que le combaten.

Estas dos certezas se complementan para mostrarnos nuestro deber. El porvenir de Portugal está en nuestras manos. La entrada de septiembre, la vuelta de vacaciones, nos ofrece una excelente ocasión de reemprender la costumbre de rezar el Rosario cotidiano, si es posible en familia. Lo que falta al Occidente no son organizaciones políticas, ni planes económicos. Todas estas cosas son útiles en su orden y a su nivel. Pero sin la oración de todo el pueblo son empresas vanas. Que en los meses próximos la oración comunitaria contribuya, pues, por su parte, a salvar la Iglesia de Portugal, su libertad legítima, sus diócesis, sus parroquias, sus escuelas. La libertad religiosa en el país de Fátima constituye un signo para el mundo. Nuestra prudencia ha de tenerlo en cuenta.

Si alguna vez reconociesen los hombres privada y públicamente el regio poder de Cristo, necesariamente inundarán la sociedad civil entera increíbles beneficios de justa libertad, de orden y tranquilidad, de concordia y de paz. Pues la realeza de Nuestro Señor ennoblece los deberes y obediencia de los ciudadanos.

Pío XI, Enc. Qvas. Primas.

# CARTA ABIERTA AL DIRECTOR

*Don Fernando Serrano*

*Barcelona*

Señor Director de CRISTIANDAD Barcelona.

*Le escribo para dar las gracias en nombre de la ciudad de Cáceres por el artículo que publicó esa revista en su número de abril, firmado por L. C. V. y bajo el título «OFENSA A CÁCERES». Pocas han sido las publicaciones que han reaccionado así ante la estúpida campaña desenvuelta en la prensa española en la primavera última.*

*Llevo muchos años residiendo en Cáceres, aunque he nacido en el otro extremo de España, concretamente en Barcelona; y tengo muchas pruebas de la honradez e hidalguía de los hijos de esta tierra. La campaña a que aludo fue una muestra del lamentable estado a que ha llegado una parte de nuestra prensa y en ella se orquestaron los mercaderes de la pornografía con la pedantería y el papanatismo español en perfecta resonancia.*

*Lo primero que debieron hacer y nadie hizo es enterarse bien de la cuestión. En el escaparate que un guardia municipal mandó limpiar se encontraba, no sólo una reproducción de la Maja de Goya, sino además otro cuadro de autor secundario mucho más insinuante y hedonista. El conjunto de ambos cuadros era ciertamente una mala lección para los niños de los colegios cercanos. El guardia no hizo otra cosa que cumplir con su deber que le señalaba la legislación vigente, y por esta misma razón el Ayuntamiento no podía castigar al guardia sin vulnerar la ley, sino mostrarle su solidaridad.*

*Esto es lo ocurrido. Algo de importancia nimia pero que ha dado lugar a una rechifla general protagonizada en primer lugar por la epidemia de revistas pornográficas que padecemos y seguida por los comentaristas de los periódicos al servicio del erotismo populachero. La campaña contra Cáceres es, como muy bien dice L. C. V., una ofensiva contra España entera, contra la España tradicionalmente limpia y católica, celosa de su dignidad y asqueada de la corrupción general. Los intereses creados por esta corrupción no perdonan que en ninguna provincia surjan ecos discordes con la misma.*

*Cáceres posee dos universidades, una literaria y otra laboral, Casa de la Cultura, Bibliotecas e importantísimos archivos. En Cáceres se publica un periódico diario y una revista cultural con treinta años de vida. Posee un magnífico Museo de Bellas Artes y Arqueología, salas de Exposiciones y una escuela asimismo de Bellas Artes.*

*Cáceres ha sido la única ciudad española que ha sabido conservar intacto y sin mezcolanzas su barrio gótico, cosa que no ha logrado por ejemplo Barcelona ni ninguna otra ciudad de España. Por esta razón fue señalada en el Congreso de Ciudades Monumentales celebrado hace algunos años en Venecia como uno de los conjuntos arquitectónicos más puros de Europa.*

*No es de maravillar que lo mismo que Cáceres conserva sus tesoros artísticos quiera conservar los espirituales y morales. Aquí todavía hay devoción y pasión en las celebraciones religiosas. Aquí todavía se llenan los templos. Todo esto es lo que no perdona el degenerantismo español actual, apóstata del espíritu y voraz de oro, carne y mugre moral.*

CARLOS CALLEJO SERRANO, Académico C.  
de la Real de la Historia, ex Conservador del Museo  
Provincial de Bellas Artes y Cronista oficial de Cáceres